



Universidad de San Andrés

Escuela de Administración y Negocios

Licenciatura en Administración de Empresas

El Concepto del Totalitarismo

Un debate acerca de su evolución a lo largo del siglo XX

Autor: Grace Franck

Legajo: 15064

Mentor: José Zanca

Buenos Aires, Argentina

Julio, 2010

Resumen

Este trabajo de licenciatura abordará uno de los conceptos más emblemáticos que ha atestiguado el siglo pasado. El concepto que en esta oportunidad estudiaremos es el del Totalitarismo y el tema a tratar es cómo el uso del mismo ha evolucionado a lo largo del siglo XX.

Mediante un trabajo de investigación exploratoria, a través de las obras de los autores protagonistas, se materializará la ambigüedad perpetua que resulta de las diferentes interpretaciones del concepto totalitario. Es uno que fue creado y popularizado con orgullo desde el seno del régimen fascista de Mussolini -anti-liberal y anti-socialista-, y que ha desembocado, hacia el otro extremo, en el seno de la academia norteamericana –ultra liberal, anti-comunista y por sobretodo “anti-totalitaria”.

Mediante esta yuxtaposición de los autores y sus contradictorias interpretaciones, podremos empezar a considerar otras cuestiones que subyacen detrás de esta incongruencia conceptual y académica que protagoniza el escenario socio-político del siglo XX. Veremos que esta eterna incongruencia del concepto es el reflejo de un fenómeno que simbolizó un momento icónico en la historia de la política y la ideología del hombre.

En un espectro más amplio, podemos empezar a comprender esta ambigüedad como consecuencia de la gran crisis que atraviesa la sociedad a principios del siglo XX, la cual lleva a cuestionar mucho de lo que ha venido construyendo el hombre a lo largo del período anterior. Dicha crisis aparenta ser el resultado inevitable de un período de crecimiento acelerado, que finalmente desemboca en casi un siglo entero de cuestionamientos acerca del rol del Estado y de todos sus avances dentro de la inercia del siglo XIX. A partir del siglo XX se pondrá en evidencia los efectos de un hombre abatido por su propia historia que, ante la debilitada moral e ideología de la sociedad en general, desata una lucha de poder sobre el liderazgo de una sociedad desmoralizada.

Indice

1. Introducción	4
2. Introducción al Totalitarismo	
2.1. Primeras Aproximaciones	13
2.2. Recorrido histórico previo a su primera aparición	14
3. Uso de los Actores	
3.1. Primeras Apariciones del Término : Años '20 y '30	
3.1.1. La Crisis del Liberalismo – Orígenes de los Regímenes Totalitarios	21
3.1.2. Totalitarismo en el resto de Europa: el Socialismo Revolucionario Ruso y el Nacionalsocialismo Alemán	26
3.2. Expansión del concepto en vísperas y durante la Segunda Guerra Mundial	
3.2.1. Del totalitarismo al anti-totalitarismo: seno de los exiliados y los americanos New Deal	33
3.3. Evolución del concepto a la luz de la Guerra Fría	
3.3.1. Del anti-totalitarismo al anti-comunismo: hegemonía del concepto por parte de la cultura liberal-conservadora	51
4. Conclusión	70
5. Bibliografía	76



1. Introducción

Universidad de
San Andrés

Problemática

Este trabajo de licenciatura abordará uno de los conceptos más emblemáticos que ha atestiguado el siglo pasado. El concepto que en esta oportunidad estudiaremos es el del totalitarismo y el tema a tratar es cómo el uso del mismo ha cambiado a lo largo del siglo XX. Es decir, cómo a lo largo del siglo XX, dicha terminología ha sido abordada por una diversidad de autores de diferentes maneras, según el contexto histórico-político dado. Se mostrará en el recorrido de dicho trayecto cómo la utilización del término por cada autor ha resultado de influencias políticas e ideológicas del momento, y cómo de dicha manera, las diferentes utilidades del término muestran un claro paralelismo con ocurrencias históricas a lo largo del siglo en cuestión. Señalamos como hipótesis que la incongruencia que surge en la construcción del concepto es un claro reflejo de las voces disonantes que protagonizaban esta época, y de las diversas cuestiones políticas que se enfrentaban en una misma plataforma.

Se ha elegido trabajar sobre dicho concepto dado su relativamente reciente aparición en el seno del vocabulario político (sus primeras apariciones se verán entre los escritos de Mussolini en el año 1923) y debido a la controversia que han generado los regímenes que en su mayoría han sido calificados como totalitarios.

A lo largo de la historia, ha resultado muy difícil definir con exactitud las líneas de estructura y funcionamiento político y económico sobre las cuales se sustenta cada sistema de gobierno. Desde las primeras organizaciones que vio el hombre en el nacimiento de su historia política, el mismo ha atravesado una serie de diversos sistemas político-económicos. Conceptos como la democracia, aristocracia, monarquía, dictadura, tiranía, república, comunismo, socialismo, totalitarismo, fascismo, etc., son sólo algunos de los sistemas de gobierno que han sufrido interpretaciones de diversas maneras. Se ha probado muy difícil encontrar una única definición exacta que resuma las características de cada tipo de sistema político.

Siguiendo esta línea de pensamiento, se ha elegido estudiar la evolución del concepto del totalitarismo en particular, ya que se encuentra dentro de los sistemas de gobierno contemporáneos con mayor debate controversial, desde sus orígenes hasta la actualidad. De hecho se apreciará la naturaleza versátil del concepto totalitario ya que transita por todos los escalones del espectro político de derecha a izquierda. A diferencia de la democracia, por ejemplo, que también ha sufrido varias interpretaciones por parte de una gran diversidad de autores y ha sido objeto de estudio por muchas generaciones, el totalitarismo no sólo crea un debate en sí en cuanto a los límites de su poder y su composición política, sino que crea un debate por las atrocidades que dicho régimen ha generado a lo largo de la historia y por la naturaleza de su justificación política. Es decir, no sólo se ha estudiado con mayor objetividad la organización de los poderes del Estado, o la organización de sus instituciones políticas, sino que se ha debatido en aun mayor profundidad los regímenes más sangrientos del siglo XX, que casualmente fueron todos categorizados bajo el mismo régimen de tipo totalitario. De la misma manera, han existido regímenes absolutistas, monárquicos o tiránicos que también han causado atrocidades similares, pero la particularidad del sistema totalitario es su aparición en la historia contemporánea del hombre y la cercanía al ciudadano actual que, como nosotros conocemos, vive bajo una democracia liberal donde, se supone, no ocurren semejantes hechos. Por último, la elección del estudio de este concepto en particular se debe además a que se presenta en un determinado momento, junto a una serie de características intrínsecas, que lo consagran como un fenómeno socio-político que significó mucho más que un sistema político violento y controversial; este fenómeno simbolizó un momento icónico en la historia de la política y la ideología del hombre.

A pesar de no poder dar –ni tampoco buscar- una definición exacta para el término en cuestión, el debate acerca de sus diversos usos abre las puertas a una serie de preguntas a través de las cuales profundizamos el análisis en cuestión. ¿De qué manera dicho debate nos permite comprender la evolución social, política y cultural (porque uno naturalmente incide en los otros) que ha recorrido la sociedad del siglo XX? ¿Cómo podemos explicar el surgimiento de dicho debate y cómo explicamos su ambigüedad perpetua? ¿Qué patrón teórico podemos percibir en las diferentes instancias de la historia del concepto y por qué se ha dado de esa manera? ¿Qué circunstancias se encuentran presentes en el análisis de cada autor, y de qué manera influye en la postura brindada por el mismo? ¿De qué manera podemos encontrar una relación entre los diferentes autores que hemos incluido en este

trabajo? A través del estudio de los diferentes autores que abarcaremos, se tendrán en cuenta estas preguntas para guiarnos en la búsqueda por comprender el debate acerca de este fenómeno. Mediante estos personajes históricos que analizaremos, podremos analizar el rumbo que fue tomando la política y sociedad del siglo XX y bajo qué contextos se dio. En otras palabras, evaluaremos los períodos históricos que caracterizaron al siglo XX y a partir de ellos insertaremos las voces de varios autores que han reflexionado sobre el totalitarismo, logrando así una sinergia entre contexto e intelectuales.

Procedimiento de investigación, métodos, fuentes

El primer abordaje a este trabajo de graduación se dio durante el transcurso del seminario de tesis dictado en la Universidad. En tal ocasión, presenté los trabajos pedidos en función de esta temática y di por concluido el seminario. Al iniciar la investigación formal de mi tesis me encontré con varios factores que obstaculizaban el trabajo a realizar. Desde la peculiaridad de la temática escogida, la cual no pertenecía necesariamente a las disciplinas de mi carrera, hasta pensar en la dificultad que esto podía significar para mí en el transcurso de los análisis requeridos. Momentáneamente suspendí con mi investigación y empecé a indagar en otras posibles temáticas. Luego de varios diálogos con profesores de mi carrera y con mi mentor de tesis, decidí retomar con la propuesta de trabajo inicial.

La metodología que se adoptó para la investigación de esta temática fue principalmente a base de material bibliográfico. El conjunto de autores seleccionados fueron en su gran mayoría contemporáneos para las épocas estudiadas en este trabajo. La naturaleza de este ensayo consiste en estudiar un debate que fue mutando a lo largo del siglo, por lo que las fuentes principales para poder realizarlo son los trabajos escritos de los autores que predominaron en cada etapa de este debate histórico.

Guía de lectura

En línea con la naturaleza del trabajo -cuyo objetivo es trazar un recorrido por las diferentes voces que han protagonizado el debate acerca del concepto del totalitarismo- se realizarán los cortes entre capítulos donde también se vieron cortes en la línea de pensamientos de los diversos autores, que a su vez coinciden con las diferentes corrientes políticas importantes del siglo XX. Se verá que el contexto político-histórico tendrá una importante influencia en las diversas líneas de pensamiento (o podría decirse que estas corrientes son de hecho generadas por las voces de estos autores mismos). Por dicha razón se realizará una clasificación de los intelectuales que abarque periodo histórico y línea de pensamiento.

Para proceder en el recorrido de los diversos autores que han aportado un sentido al uso del término totalitario, se limitó la selección a aquellos que pudieran representar las corrientes de pensamiento más relevante a lo largo del siglo XX. Está claro que lo principal al momento de enfocar la mirada en cada autor será analizar su historia individual en relevancia con el contexto correspondiente.

De esta manera, pasamos a la división principal de los grandes capítulos, según las etapas más relevantes dentro del debate del concepto:

1) Introducción

El primer capítulo de este trabajo intenta acercarle al lector una definición –a modo orientativo- del concepto de Totalitarismo. El objetivo de esta primer acercamiento (lejos de condicionar al lector a una única definición) es el de brindarle una base teórica amplia desde donde partir hacia los siguientes capítulos.

En una segunda instancia, se hace un breve recorrido histórico previo al surgimiento del concepto totalitario. El objetivo es el de ubicar el debate en su propio contexto, ya que luego

se estudian una gran diversidad de autores con puntos de vista que están arraigadas a la historia socio política que las precede, desde los orígenes del liberalismo, en el siglo XVIII.

2) Primeras Aproximaciones del Término: años '20 y '30:

En este capítulo estudiaremos el origen del concepto, desde su surgimiento durante el régimen de Mussolini hasta su expansión hacia el resto de Europa. En síntesis, este capítulo abarca los primeros acercamientos al concepto, a partir de su nacimiento, y revela su aterrizaje e interpretación en boca de diversos intelectuales. En este capítulo también cabe ilustrar cómo entra el concepto en el contexto del surgimiento del régimen nazi y el bolchevique y se estudia de cerca la interpretación del concepto desde el punto de vista de uno de los intelectuales mas influyentes de Alemania y del régimen nazi: Carl Schmitt.

3) La expansión del término en vísperas y durante la Segunda Guerra Mundial.

El segundo capítulo abarca la extrapolación del concepto en boca de los intelectuales “anti-totalitarios”. La corriente “anti-totalitaria” se hacía cada vez más popular entre los exiliados europeos y los americanos opositores a las políticas del New Deal. En este capítulo haremos aún más foco en la ambigüedad del concepto ya que ilustraremos las posiciones diversas de una serie de intelectuales, que se encuentran todos debajo del paraguas del “anti-totalitarismo”. Para esto destacaremos las voces de Herbert Marcuse, desde su mirada de izquierda, anti-fascista y anti-soviética; Leon Trotsky, comunista anti-soviético; Hayek, con su mirada anti-comunista ultra liberal y Popper, quien comparte la línea de pensamiento de Hayek, aunque con ciertas discrepancias estructurales desde su discurso.

4) Evolución del Concepto a la luz de la Guerra Fría.

En este último capítulo haremos foco en la transición de la corriente anti-totalitaria hacia la hegemonía de una corriente anti-comunista. El capítulo nos ubica, como lo indica su nombre, en plena Guerra Fría, y es a la luz de los hechos que se desenvuelven en estos años que estudiamos las voces protagónicas de este nuevo enfoque en el debate conceptual. Los autores que claramente liderarán el debate en esta instancia son aquellos pertenecientes a la cultura

liberal-conservadora de EEUU. En esta oportunidad estudiaremos el punto de vista de Hannah Arendt –aporte fundamental al debate del concepto totalitario; Friedrich & Brzezinski quienes intentan brindar una definición textual para el concepto estudiado; Herbert Marcuse con una segunda reaparición, esta vez liderando la voz de la “New Left” Americana; y Hayek, reapareciendo también por una segunda vez, con un enfoque en línea con el contexto planteado.

Cabe destacar la importancia de dos autores que no he incluido en el trabajo de graduación: Ernst Nolte y Francois Furet. Ambos son reconocidos intelectuales que se han destacado en sus respectivos aportes a la materia en cuestión, no obstante no han sido incluidos en este trabajo, principalmente por tres razones.

En primer lugar, existe un largo debate entre ambos autores alrededor de los dos regímenes más representativos del fenómeno totalitario en el siglo XX: el fascismo y el comunismo. Este debate surge a partir de una crítica que realiza Nolte sobre una interpretación de Furet en su libro “El Pasado de una Ilusión”, que finalmente desemboca en la publicación de un libro que trata exclusivamente de este debate (“Fascismo y Comunismo”). A pesar de que el concepto del Totalitarismo es evidentemente abarcado en ambas obras, se revela un mayor grado de análisis sobre la comparación del fascismo versus el comunismo, y no tanto sobre el uso del concepto del Totalitarismo. Es decir que se acercan más a un estudio de la aplicación implícita del término en los dos regímenes mencionados más que un estudio teórico del concepto totalitario en sí.

En segundo lugar, se evitó entrar en mayor detalle sobre los trabajos realizados por estos dos autores porque la magnitud del debate generado alrededor de sus obras, y el enfoque específico que brindaron sobre los dos regímenes comparados, abarcan un contenido que podría considerarse como un trabajo aparte, por la magnitud que tiene.

Por último, decidí limitar los autores de este trabajo hasta aquellos que se extienden hacia los primeros años de la Guerra Fría y en este caso particular, las obras relevantes de últimos dos

autores, fueron publicadas a partir de 1995. Esta limitación temporal se estableció a partir de un relevamiento preliminar que realicé sobre todo el material disponible correspondiente a esta temática. Al ser un debate que a hoy sigue evolucionando y que ha sido abarcado por una enorme cantidad de autores, hay una gran cantidad de obras a ser consideradas. Por eso el objetivo de este trabajo desde un comienzo fue trazar un recorrido fundamental del uso del concepto a lo largo del siglo, demostrando la naturaleza maleable del término a través del tiempo, sin tener que incurrir en la totalidad de sus autores para poder confirmar la hipótesis en cuestión.



Universidad de
San Andrés



2. Introducción al Totalitarismo

Universidad de
San Andrés

2.1. Primeras Aproximaciones

En un principio, se intentará acercarle al lector una breve descripción/definición del totalitarismo. Paradójicamente, el tema del trabajo en cuestión se basa en la ambigüedad de dicho concepto, por lo que no se podrá establecer con certeza la definición brindada y será claramente parcial, cualquiera sea el autor que la provea. Para no hacer mayor peso sobre alguna de las definiciones o los usos brindados por los autores elegidos para este trabajo, se presentará al lector una teoría independiente de las que ya figurarán a continuación. Una teoría en la que intentaré reflejar un resumen de las visiones estudiadas por este conjunto de autores abarcados, desde mi propia interpretación.

En un primer abordaje, podría definirse el Totalitarismo como un sistema político que protagoniza el escenario del siglo XX. Desde un punto de vista político, es un tipo de régimen que se caracteriza por conceder el poder del Estado, en general en manos de un único individuo y su reducido partido o clase política. Bajo dicha soberanía, todos los aspectos de la vida política y/o privada de la sociedad son reguladas dentro de la autoridad del Estado. El poder del Estado Totalitario no reconoce límites, ya que todo se justifica en nombre de la realización del Estado Total. Este autoría ilimitada es generalmente alcanzada mediante la monopolización de las fuerzas armadas y los medios de comunicación, un sistema de terror impuesto sobre la sociedad, un control total de la economía y la centralización de todos los poderes en mano de un único líder que dirige a las masas.

Desde un punto de vista ideológico, el régimen Totalitario es aquel que a través del terror y de la atomización y alienación de las masas, logra debilitar el entramado social de la sociedad y construye sus bases de poder. A través del terror generado en la sociedad es que el sistema Totalitario consolida su poder en el Estado, convirtiéndose en un régimen que trasciende la vida política de sus ciudadanos, logrando dominar cada aspecto de sus vidas, para obtener el control total de la sociedad.

2.2. Recorrido histórico previo a su primera aparición

Para poder comenzar a investigar los orígenes del término totalitario y su aparición en la historia del siglo XX, es necesario dar unos pasos atrás desde el inicio de su trayectoria, y comprender la situación política y económica que atravesaba el mundo occidental en aquel momento. Sin duda el fenómeno del totalitarismo es un claro reflejo de la situación turbia que caracterizaba al período cercano a la primera guerra mundial y es necesario hacer un breve repaso del mismo para poder abarcar la realidad que enfrentaba Europa y EEUU en aquel entonces.

En un plano político, cabe resaltar que los elementos resultantes de la Gran Guerra serán aquellos que definen fundamentalmente el resto de la historia del siglo XX. Además de las raíces que comenzará a sembrar el fascismo a partir de los sucesos posteriores a la guerra, el mundo atestiguará, en 1917, el surgimiento de un nuevo movimiento de izquierda, respaldada por la Unión Soviética. Será, más adelante en este siglo, a partir de estos orígenes soviéticos, que surge uno de los grandes regímenes totalitarios de la historia. A su vez, la caída del imperio Austro-Húngaro, Alemán y Turco, llevará al delineamiento de nuevos estados, tanto en Europa como en Medio Oriente. Estos son sólo algunos de los eventos que protagonizan aquellos años posteriores a la Guerra. Pero antes incurrir en lo que sucedió al culminar esta, es importante dar un breve repaso de la situación que reinaba en Europa en los años previos a 1914 y hasta 1918.

En unas pocas palabras, podríamos comenzar a hablar de la civilización en los años previos a la primera guerra mundial como una que era capitalista desde un punto de vista económico, liberal en su estructura jurídica y constitucional, burguesa por la imagen de su clase hegemónica característica, y brillante por los adelantos alcanzados en el ámbito de la ciencia, el conocimiento y la educación, así como del progreso material y moral. Era una sociedad que estaba profundamente convencida de que Europa era el centro del mundo (Hobsbawm, 2007: 16). Será la Gran Guerra aquella que sacudirá las bases de todos los avances -económicos y políticos- que había logrado establecer la civilización occidental del siglo XIX.

Para lograr comprender los orígenes de las ideologías políticas que la Primera Guerra logró sacudir, podríamos trasladarnos a lo que Hobsbawm denomina la “Era de la Revolución”, la cual fue un agente de cambio importante en el rumbo de la humanidad, y así comprender aquellas bases que se habían consolidado hacia fines del siglo XIX, y que pronto verían su fin con el advenimiento de la Guerra. Este periodo abarca la Revolución Americana y la consiguiente Revolución Francesa, tomando lugar en los últimos años del siglo XVIII. En un esquema resumido, dichas revoluciones representaron un cierre ideológico a la época del Iluminismo del siglo XVIII, la cual construyó las bases necesarias para revoluciones de semejante índole. Sin más, será a partir de esta era de revoluciones que se fundan los primeros cimientos del liberalismo clásico ya que tanto en los nuevos Estados Unidos de América como en aquella Francia del siglo XVIII, se desata una rebelión contra los gobiernos tiránicos reinantes y se dan los primeros pasos hacia un modelo de gobierno constitucional, basado en los conceptos de “*liberté, égalité et fraternité*” (libertad, igualdad y fraternidad) (Hobsbawm, 2005).

El liberalismo establece sus bases en la libertad y en el humanismo. Pone al hombre como centro del universo, recogiendo conceptos ideológicos que resurgieron en el renacimiento, originales de la griega clásica. El resurgimiento de estas ideologías clásicas ocurre al denotarse un retroceso del poder de la iglesia, frente al surgimiento de regímenes absolutistas y frente a la reforma protestante que ya mostraba sus primeras apariciones desde el siglo XVI. Fueron estos hechos los que dieron lugar a diversos pensadores a cuestionar todo el saber establecido. Fue una revolución del pensamiento. La Revolución Francesa reflejó la rebeldía y el cuestionamiento generalizado contra los gobiernos monárquicos y absolutistas, derivados de la potestad divina, y logró imponer los primeros cimientos de la libertad política. Aunque en Francia la revolución ideológica haya sido en un principio una meramente teórica -ya que el destino inmediato de la revolución francesa, desembocaría en el famoso periodo del “Terror”, lo cual claramente se oponía a los principios que abogaba la revolución- este fenómeno sería el principio de una serie de hechos que llevarían a la expansión y al auge del liberalismo, a lo largo del siglo XIX (Rodríguez Varela, 1989).

Podemos entonces afirmar que a partir del siglo XVIII, el concepto político de liberalismo clásico cobra vida y es naturalmente propagada por el resto de Europa. Esto, hemos dicho,

marcará un cambio histórico en el rumbo de la humanidad ya que denota un quiebre contra el “antiguo régimen” y da lugar a una nueva ideología de Estado liberal. Sumado al contexto de la primera Revolución Industrial, se abrirán las puertas a la dominación política del burguesa.

A su vez, se origina en Francia, luego de su Revolución, un movimiento de nacionalismo que comenzará a tomar protagonismo en el delineamiento de los sucesos que marcarán el rumbo del siglo XIX. El movimiento nacionalista, en términos generales, era aquel que se basaba en la idea de que una determinada nación debe tener su propia identidad dentro de una comunidad política, siendo la nación la única base legítima para el Estado. Naturalmente, y en armonía con los eventos que caracterizan a estos primeros años del siglo XVIII, se establece en Europa las primeras bases de un capitalismo moderno, resultado sinérgico de un nuevo ciudadano burgués, de la revolución de la industria y de un fuerte sentido de nacionalismo. Será bajo el contexto de este nuevo sistema, de estos nuevos personajes dominantes y de esta nueva atracción por el Estado-Nación, que se producirán cambios radicales en la organización política y económica del mundo que eventualmente convocarían a una guerra a nivel mundial (Kohn, 1955).

Esta reorganización económica y política se origina dentro de las razones ya mencionadas. La pregunta es cómo siguió el camino luego de la instalación de estas nuevas plataformas y cómo fue que desembocaron en la Gran Guerra.

En un primer lugar, y desde un punto de vista económico, podemos remarcar una clara transición desde las producciones artesanales o semi-industriales a procesos de industrialización a gran escala, a partir de tecnologías nuevas, que requieren una fuerte acumulación de capital, la explotación de nuevas fuentes de energía y la movilización de una mano de obra abundante. Dentro del contexto de un Estado-Nación, esto rápidamente lleva a una suerte de ambición y rivalidad comercial entre las naciones y a una fuga a políticas proteccionistas. No debemos olvidar que dentro del carácter de un Estado Nación, la búsqueda por una alianza cultural, lingüística e histórica entre sus ciudadanos contribuye fuertemente al desarrollo de un escenario competitivo a nivel económico. El problema que surge a partir de esta nueva situación es que se dificulta la posibilidad de expansión

económica por lo que se comienzan a asomar los principios de una crisis de sobreproducción. Esto ahora nos lleva a analizar el rumbo que se desenvuelve a nivel político ya que ante este nuevo escenario económico, el resultado lógico que resulta es la búsqueda de nuevos mercados, lo cual nos lleva a la era de la expansión imperialista.

Esta era imperialista se manifiesta como una nueva plataforma política, característica de la época en cuestión y será la misma el trayecto más directo a las primeras chispas de la Gran Guerra. Ante la necesidad de salir a buscar nuevos mercados, el motor originariamente económico termina siendo el de una carrera de poder entre diversas naciones. Se buscaba ganar control de aquellas tierras que pudieran proveerlos de recursos naturales, necesarios para sus economías expansivas. Era una carrera política basada en nacionalismo, que se retroalimentaba de un fuerte sentimiento racista y de un gran apoyo cristiano. En gran medida, este fue un factor sumamente influyente en la colonización de África, región que sufrió una severa y abrupta invasión desde mediados del siglo XIX. Los europeos aseguraban su superioridad frente a la comunidad africana, y los cristianos apoyaban ésta movilización para darle un fin a la esclavitud y para convertir las poblaciones conquistadas al cristianismo. Sobre estas bases de expansión, sumado a un fuerte soporte tecnológico que facilitaba la penetración en las profundidades de África y el uso de las ametralladoras por parte de los europeos, fue una cuestión de poco tiempo hasta que se llegó a colonizar la totalidad del continente, salvando Etiopía y Liberia.

Así fue cómo se desarrolló la fiebre del imperialismo, la cual inevitablemente escalonó hacia los primeros conflictos bélicos de la Gran Guerra.

Ante un escenario de expansión competitiva tan feroz entre los estados europeos, mayor era el grado de ambición por parte de cada uno de ellos por ser líder dentro del continente. Dada la evidente realidad de límites geográficos, se alcanzó un punto en el cual los intereses territoriales de los estados se superponían entre sí. En un escenario previo al comienzo de la Guerra, se encontraba a Rusia en disputa con Austria-Hungría por el territorio balcánico, a Inglaterra en contraposición a Alemania por la dominancia de los océanos y a Francia también en disputa con Alemania por las tierras de Alsacia y Lorena. Era un escenario sumamente

tenso que pendía de tan solo un hilo antes de caer en la Guerra. Ese hilo se quebró con el asesinato del archiduque Francis Ferdinand del imperio austríaco, por parte de un joven serbio, durante una visita del heredero de Austria a Serbia. A partir de dicho acontecimiento es que desencadena la Primera Guerra Mundial dividiéndose las alianzas entre Francia, Inglaterra, Rusia y Serbia conformando la *Triple Entente* y el imperio austro-húngaro, Alemania e Italia componiendo la Triple Alianza. La oposición de todos los grandes poderes en el terreno europeo le cobró la vida a 20 millones de personas, y tuvo una duración de alrededor de cuatro años antes de que culminara en la derrota de la Triple Alianza (Hobsbawm, 1989).

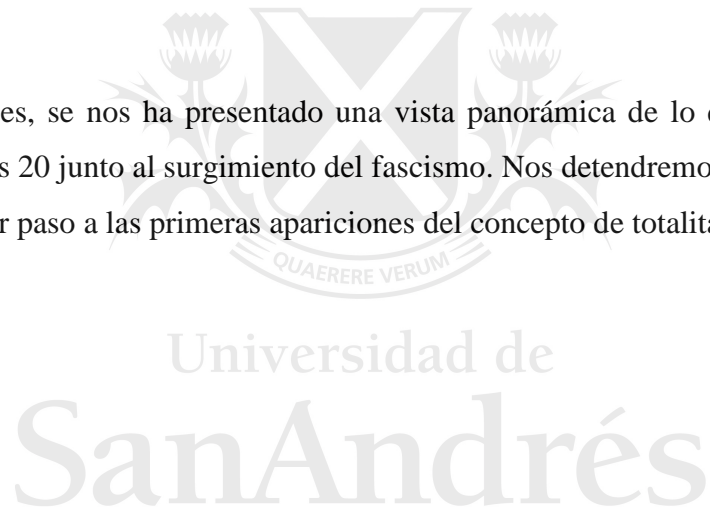
Desde un punto de vista económico, al culminar la gran guerra, el nivel económico general en Europa precipita súbitamente. A causa de la repentina desaceleración de la demanda agrícola (cuya actividad era determinante para el abastecimiento durante la guerra), se produce un exceso de oferta en productos agrícolas y el campo sufre graves consecuencias. Por otro lado, el vacío que se crea en la industria armamentista, la cual alimentaba en gran escala la economía durante la guerra, también tiene severas repercusiones a nivel económico. Alemania, por su cuenta, había quedado devastada y su situación precaria quedaba expuesta a mayor fragilidad frente a las severas condiciones que le imponían los países aliados en el Tratado de Versailles. El mismo Keynes anticipó en su momento que si Alemania no se reintegraba a la economía europea, es decir, si no se reconocía y aceptaba el peso del país en esa economía, sería imposible para Europa recuperar la estabilidad.

La realidad económica que reinaba en EEUU era muy diferente a la que se estaba viviendo en Europa. A pesar de que EEUU también cae en crisis en 1921, debido a una sobreproducción generalizada, logra llevar a cabo algunas políticas económicas que rápidamente lo llevan a gozar de los famosos “felices años 20”. Cabe destacar que EEUU fue el único país victorioso en la Gran Guerra en el que no se luchó ninguna batalla (salvo Gran Bretaña). Debido al aislamiento geográfico de este país, su involucramiento en la guerra fue meramente económica y estratégica; el campo de batalla se reservaba al continente del otro lado del océano. Esto, a gran beneficio de EEUU, lo salvó de las severas reparaciones que tuvieron que enfrentar sus aliados europeos, luego de tanto destrozo. Por otra parte, EEUU era acreedor neto respecto a las deudas contraídas por parte de varios de los países europeos y

mantuvo firme su posición en no perdonar aquella deuda que le correspondía. Así es que en 1923, EEUU llega al auge de boom económico el cual se prolongará con esplendor hasta la Gran Depresión de 1929.

A partir de aquí existe un quiebre en lo que es la historia de la humanidad. A nivel económico, los resultados fueron devastadores y a nivel socio-político, hay definitivamente un antes y un después sobre este acontecimiento, el cual cambiará el rumbo de la historia para siempre. La situación catastrófica que enfrentaba el mundo entero ante la Gran Depresión llevó a la desesperanza por encontrar paz y estabilidad por parte de la gente, cualquiera fuere el precio. La opción que resultó ser prominente en aquel entonces fue tanto el fascismo como el comunismo, los cuales ya se asomaban en algunos países de Europa hacía algunos años.

Hasta aquí, entonces, se nos ha presentado una vista panorámica de lo que sucedía a nivel mundial en los años 20 junto al surgimiento del fascismo. Nos detendremos en este período en particular para abrir paso a las primeras apariciones del concepto de totalitarismo.



3. Uso de los Actores



Universidad de
San Andrés

3.1. Primeras Apariciones del Término : Años '20 y '30

3.1.1. La Crisis del Liberalismo – Orígenes de los Regímenes Totalitarios

Con el fin de hacer referencia a los orígenes del totalitarismo es primordial retroceder unos años atrás hacia el fin de la Gran Guerra, lo cual marcó un definitivo quiebre en la ideología de la sociedad europea. Cualquiera fuere la inclinación política que dispare un gobierno en este periodo de posguerra, tanto comunismo como fascismo nacen de la misma semilla: aquella Gran Guerra. Son hijos de la misma historia devastadora. Son el resultado de la crisis del liberalismo, movimiento político/ideológico que había dominado el escenario político europeo en los años precedentes.

Será interesante ver a partir de los próximos capítulos cómo se desenvolverá a lo largo de los años que siguen una constante lucha por vencerse un régimen sobre otro, cuando la realidad es que el origen de ambas inclinaciones políticas revelan una antigua complicidad. Desde la Revolución Francesa, la derecha reaccionaria y la izquierda socialista comparten la misma denuncia del individualismo burgués y la misma convicción de que la sociedad moderna, resultado del liberalismo, no tiene un porvenir duradero. Una gran parte del socialismo europeo del siglo XIX despreció la democracia –como transmitía Ferdinand Lassalle, uno de los fundadores del socialismo alemán, quien favorecía la lucha contra la burguesía liberal- y por otra parte, la crítica común del liberalismo llegaba a aproximar el concepto de nacionalismo de la derecha más radical con la idea socialista de la izquierda. Por lo que no era nueva esta tendencia ultra revolucionaria contra la sociedad democrática liberal moderna. Y por ende que tanto el bolchevismo ruso como el fascismo italiano –los primeros en aparecer en el escenario público de la posguerra- provienen de la misma familia política: la del socialismo revolucionario. Ambos movimientos surgen en el terreno político de los años 20 con un mismo pasado compartido, a pesar de que la amenaza que siente Mussolini frente al comunismo ruso desencadenará en el diferencial fascismo italiano. Por lo que será originalmente el socialismo ruso el que se revela primero en el escenario público de la posguerra con una solución comunista frente a la situación devastadora del momento y será

luego Mussolini quien da vida al fascismo italiano, reaccionando, en parte, contra esta amenaza bolchevique. A pesar de sus aproximaciones políticas diferentes, a lo largo de los siguientes capítulos se dará a conocer cómo ambos regímenes fueron ampliamente categorizados bajo el término totalitario y cómo sus orígenes compartidos los llevará a rozarse en varias cuestiones. No es casualidad que varios intelectuales hostiles a la democracia liberal vacilaran a lo largo de los años treinta entre fascismo y comunismo. También se superponen al momento de que los autores anti-totalitarios consideren estos regímenes igualmente totalitarios y similares en su esencia. Por lo que a lo largo de la historia, se vuelve ambigua la comparación -o distinción- entre ambos regímenes.

Es evidente que los eventos que acompañaron a la Primera Guerra Mundial fueron suficientes para sacudir hasta los cimientos más sólidos del capitalismo liberal construido a lo largo del siglo XIX. La pre-existencia de una derecha y una izquierda radical que se caracterizaban por su oposición a la democracia liberal moderna, sumado a los resultados nefastos de la Gran Guerra fueron suficientes para propagar un malestar general en toda la comunidad Europea. Los grandes imperios coloniales que se habían formado antes y durante la era del imperialismo quedaron derrumbados y divididos. Estos hechos lograron afirmar que las potencias imperialistas no alcanzaban a garantizar la paz mundial. Desde un punto de vista político, el derrumbe de sus instituciones también reveló cierta vulnerabilidad en el sistema reinante. El trayecto tan firme y sólido que venía marcando Europa en los años precedentes a la guerra, resultó quebrantada e insostenible. La población europea -maltratada y abatida por la guerra- quedó frágil y desesperada. En resumen, la Primera Guerra Mundial genera un retroceso general de la comunidad europea, ya que hace volver al centro de lo político la idea de la revolución; la de una revolución frente a los fenómenos resultantes del liberalismo moderno. Los eventos que surgirían de estos movimientos revolucionarios son hijos de la crisis del liberalismo y tomarán por un lado el camino del comunismo y por el otro el del fascismo.

La aparición del fascismo en el caso de Italia fue una de las primeras revelaciones en las cuales se pudo apreciar la iniciativa por parte del pueblo a apostar por una propuesta nacionalista y prometedora. El fascismo, por razones ya mencionadas, apuntaba a atacar a los partidos socialistas, culpándolos de todos los males que habían sufrido con la guerra. Esto

además representaba claramente su afán por disminuir la amenaza bolchevique, y por vencer y prohibir el comunismo en Italia. A través de la solución fascista, se logró movilizar las pasiones revolucionarias modernas, la fraternidad de los combatientes, el odio a la burguesía y al dinero, la igualdad de los hombres, la aspiración a un mundo nuevo, y todo a través de un camino hacia el Estado Nacional.

El concepto según Mussolini y Gentile

Teóricamente, el término “totalitarismo” traza sus primeras apariciones como adjetivo, entre los escritos de los antifascistas italianos como Giovanni Améndola, Lelio Basso y Luigi Sturzo, en los años 20. Este fenómeno va acompañado de las primeras apariciones del fascismo manifestado bajo el régimen de Benito Mussolini. En aquel momento, el término se limitaba a ser utilizado como un adjetivo que describía este nuevo fenómeno que algunos llamaban “una versión moderna del absolutismo” (Traverso, 2001: 29). De hecho, los primeros políticos en escribir acerca de este nuevo fenómeno político encontraron paralelismos del mismo con el bolchevismo ruso, movimiento con el cual también se sentía cierta apatía general, por sus entonces conocidas prácticas adversas a la libertad y la democracia. Y hasta allí se extendía el uso del término, con connotaciones negativas por parte de los que apuntaban atacar al régimen nuevo de Mussolini, sin embargo sin ninguna definición formal.

Es de sorprenderse que el mismo término haya sido apropiado luego como sustantivo por el mismo Mussolini en relación a su movimiento político. En un célebre discurso en junio del año 1925, Mussolini reivindicaba la “feroz voluntad totalitaria” de su régimen, y emitiría unos meses después, su famosa definición del régimen totalitario como “Todo en el Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado”. Finalmente fue en 1932 que Benito Mussolini junto con Giovanni Gentile, filósofo oficial del régimen, escriben el ensayo “La Dottrina del Fascismo” (La Doctrina del Fascismo), publicado por primera vez en la Enciclopedia Italiana del mismo año. En las palabras de ambos autores:

“Anti individualista, la concepción fascista está a favor del Estado; y es a favor del individuo en cuanto este coincide con el Estado, conciencia y voluntad universal del hombre en su existencia histórica. Está en contra del liberalismo clásico, que surgió de la necesidad de reaccionar contra el absolutismo y ha concluido exhausto su función histórica desde que el Estado se transformó en la misma conciencia y voluntad popular. El liberalismo negaba al Estado en beneficio del individuo particular; el fascismo reafirma al Estado como la realidad verdadera del individuo. Y si la libertad debe ser atributo del hombre real, y no de ese abstracto fante en quien pensaba el liberalismo individualista, el fascismo está a favor de la libertad. Y solo de la libertad que sea una cosa seria, la libertad del Estado y del individuo en el Estado. Ya que, para el fascista, todo está en el Estado, y nada de humano o de espiritual existe, y menos aun de valor, fuera del Estado. En ese sentido el fascismo es totalitario.” (Traverso, 2001: 32)

De este escrito se puede subrayar una apropiación del concepto totalitario como realización de la “libertad” que Mussolini conocía; aquella libertad en contra del liberalismo clásico, que bajo su visión “negaba al Estado en beneficio del individuo”. La libertad de Mussolini era una a favor del Estado, donde la del individuo era garantizada siempre y cuando estuviera en línea con la del Estado. El liberalismo clásico era plenamente incompatible con la libertad que promovía Mussolini en su definición de régimen fascista “liberal”. En otras palabras, la definición que propone el dirigente fascista niega rotundamente las bases políticas e ideológicas del liberalismo que se conocía hasta el momento ya que esta se basaba en la separación de poderes, pluralismo político, instituciones representativas, garantías constitucionales de las libertades del individuo, etc. mientras que la libertad según Mussolini buscaba erradicar todo tipo de libertad individual para resaltar la hegemonía del Estado por sobre todos los individuos. Vale remarcar, por ende, que los orígenes del concepto totalitario surgen de un seno político fascista anti-liberal (en el sentido clásico del término).

En otro apartado del texto se puede apreciar la naturaleza anti-socialista del concepto brindado por estos autores:

“El fascismo se opone por tanto al socialismo, para el que la unidad dentro del Estado (que amalgama clases en una única realidad económica y ética) es desconocida, que no ve en la historia nada más que la lucha de clases. El fascismo se opone igualmente al sindicalismo como un arma de clase (...) El fascismo [es] la precisa negación de la doctrina que formó las bases del denominado socialismo científico o marxista”. (Traverso, 2001)

Para redondear la idea de este concepto que se concibe formalmente por primera vez y que por ende tiene un peso importante como precursor dentro de la historia del concepto totalitario, los autores agregan:

“Tras el socialismo, el fascismo ataca al complejo entero de ideologías democráticas, rechaza a ambos en sus premisas teóricas y en sus aplicaciones o manifestaciones prácticas. El fascismo niega que la mayoría, a través del mero hecho de ser mayoría, pueda gobernar las sociedades humanas”. (Traverso, 2001)

Así, en una versión reducida, es como se concibe el término totalitario dentro del contexto del fascismo. Surge por ende como un movimiento anti-individualista, anti-socialista, anti-democrático y por último, anti-liberal. En términos políticos, nace dentro del contexto de un régimen de “derecha” y rechaza la existencia del individuo fuera del alcance del Estado. Cabe resaltar que en sus orígenes, aparece como un concepto de orgullo para la Italia fascista y Mussolini lo utiliza con mucha honra, a tal punto que lo expone en la publicación de la Enciclopedia Italiana de 1932 para formalizar su interpretación y para propagar esta nueva visión política. Lo que buscaban dentro del marco fascista era restaurar la grandeza del pasado en una versión moderna de Roma antigua, y sus objetivos principales era el rechazo del liberalismo y del comunismo.

En 1932, la situación política en Italia se desenvolvía bajo el manto del fascismo, con un gobierno “total” que penetraba en todos los aspectos de vida de su población. Este fenómeno del totalitarismo, sin embargo, no era visto en sus comienzos como una real amenaza para el resto de Europa. Fue recién a partir de los años '30, con el ascenso de Hitler en Alemania y con la sucesión de Stalin en la Unión Soviética, que dicho fenómeno ganó mayor importancia y comenzaba a ser visto como una amenaza mundial. Fue a partir de este momento que el término logró escaparse de la cuna de su origen, donde era utilizada y embellecida por sus propios creadores, y fue tomado por fuerzas externas y opuestas, y utilizado desde un punto de vista opuesto.

3.1.2. Totalitarismo en el resto de Europa – el Socialismo Revolucionario Ruso y el Nacionalsocialismo Alemán

Posterior al nacimiento del fascismo en Italia, podrá entonces comenzar a apreciarse los primeros orígenes del fenómeno en el resto de Europa. El disparador en el caso de la Unión Soviética fue la muerte de Lenin y el ascenso de Stalin en su lugar, y en el caso Alemán fue la suba al poder de Adolf Hitler, bajo el partido nacionalsocialista.

Siguiendo una línea de orden cronológica, será la Unión Soviética la próxima en asomarse a los principios del totalitarismo, posterior a la aproximación que protagonizó el fascismo italiano. Aún así, no debemos olvidar que gran parte de la formación del carácter fascista en Italia fue influenciada por su reacción a la amenaza que le generaba el bolchevismo de la URSS. Lo interesante a remarcar aquí es que fue recién a partir del ascenso de Stalin al poder, luego de la muerte de Lenin –padre del movimiento bolchevique- que la URSS comenzaba a aparecer bajo la lupa de la crítica internacional como un régimen de naturaleza totalitaria.

Fue en octubre de 1917 que llegó al poder de Rusia el Partido Bolchevique el cual era liderado por Lenin. La asunción de Stalin en 1924, será en reemplazo de y a causa de la muerte del líder bolchevique. Veremos que Stalin recurre a medidas considerablemente más autoritarias que su antecesor y que en varias ocasiones se lo comparará con el régimen totalitario de su vecino alemán, por sus conocidas medidas brutales en su afán de imponer el comunismo en la URSS (Robottom, 1976).

El escenario protagónico en Alemania, era considerablemente diferente al que se instauraba en Rusia, pero a su vez ambos reflejaban una historia y razón de ser compartida. Tanto el Partido Bolchevique Ruso como el Partido Nacionalsocialista Alemán, ambos contrapuestos entre sí por la naturaleza de sus ambiciones revolucionarias, se encontraban compartiendo una suerte de salvación ante las miserias del egoísmo burgués. Esto era esencialmente, el hilo fino que unía estas dos corrientes políticas que a través de los años, evolucionarían hasta

convertirse en enemigos políticos, constantemente contrapuestos entre sí. En otras palabras, ambos regímenes tenían pasiones fuertes en común y un mismo adversario. La diferencia estaría en que el nacionalsocialismo instalaría con cinismo el culto de la raza superior, la nación o lo particular, mientras que el bolchevismo apostaba a la victoria de los hombres a través del “socialismo en un solo país”, con una tendencia universalista.

Otra gran diferencia que resalta al comparar la ideología Nazi versus la Bolchevique en aquellos años, es que aún habiendo sufrido ambos pueblos un trastorno político que sucumbió las bases de toda su estructura social, el caso alemán, a diferencia del ruso, no fue una revolución social. En el caso ruso hemos visto que fue el papel protagónico del proletariado el que logró llevar adelante la revolución. En el caso alemán, se percibió una revolución, pero una de carácter político, que no fue derivada de ningún tipo de guerra, ni de ningún levantamiento social. Aun así, la revolución política que sufrió Alemania fue una de las más duraderas y profundas entre los Estados Europeos. Y fue una revolución que fue liderada por la ideología nacional-socialista que reinaba la Alemania en aquel momento.

La ideología nacional-socialista tenía sus raíces ya instauradas entre el pueblo alemán hacía décadas. El nacional-socialismo, como lo dicta su terminología, se apoyaba sobre dos corrientes políticas, principales del siglo XIX: el nacionalismo y el socialismo, que por mucho tiempo, fueron antagonistas, dada la naturaleza contradictoria de una contra otra; una, movimiento del burgués y la otra, movimiento del trabajador. Esta síntesis de ambos conceptos fue formulada en Alemania, a fines del siglo XIX por Adolf Stöcker y Friedrich Naumann. A pesar de su paradójica contradicción, esta síntesis fue aceptada, y en el contexto de Alemania, nunca se terminó de integrar de todas maneras, una ideología socialista *per se*. Si parte de las incumplidas promesas del primitivo programa del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, redactado en 1920, fueron socialistas, sólo tuvieron valor como medio para ganarse el apoyo de las masas. Y así fue que la idea se difundió tanto entre la izquierda como la derecha. La derrota y la crisis alemana posterior a 1918 no hicieron más que reforzar esta corriente. Llevada esta idea a la práctica, implicó una mistificación ya que nada tuvo que ver con el nacionalismo o el socialismo, tal como estos términos son entendidos. De hecho, como líder –y en nombre- del partido, Hitler logró eliminar al partido Comunista y Socialdemócrata, así como a los sindicatos, y no obstante seguía gozando de una enorme

aceptación entre los obreros. Así, de a poco, el socialismo del partido se convertía en nacionalismo exclusivamente y el partido se tornó en uno de la extrema derecha nacionalista, y así fue que llegó gradualmente al poder sin necesidad de una revolución social (Fritzsche, 2006).

Las bases de la ideología del partido realzaban el fracaso de la democracia parlamentaria y el liberalismo, y a su vez se oponían al comunismo. Al asumir Hitler el control total del partido en 1921, se incorporó además, a través de las manifestaciones de Hitler, un elemento racista y antisemita a su discurso ideológico. Esto nacía originalmente de la ideología de la “raza superior” de Rosenberg, quien hablaba de la “lucha inter-racial”, ubicando a la raza aria en primer lugar y a los negros y a los judíos en el último lugar. Esta raza superior aria, desde su teoría, había sido la que había hecho florecer las civilizaciones más gloriosas en el pasado como Grecia y Roma, y estaba destinada a dominar el mundo y hacer florecer una nueva civilización.

Ante la situación económica que deterioraba en Alemania hacia los años '30, y bajo el contexto de esta ideología, el pueblo estaba muy dispuesto a recibir a una cara política nueva que pudiera afrontar todos los conflictos que atravesaba Alemania en esos años. Con Stalin ya instaurado como amo absoluto del partido bolchevique, el nacionalsocialismo, encarnado por Hitler, da sus primeros grandes pasos en el poder. Es a partir de este momento, que el debate acerca del concepto totalitario cobrará importancia ya no solo en un terreno local, sino que pasara a ser eje de debate a nivel mundial.

El concepto en el seno del régimen nazi – Carl Schmitt

Hasta aquí entonces, podemos apreciar el totalitarismo ya no solo como un fenómeno italiano, sino como un tipo de régimen que se había propagado y expandido en el resto del continente europeo y cobraba mayor importancia entre la opinión pública e intelectual. Uno de los

grandes autores que escribió acerca del concepto e influyó a varios de sus pares intelectuales en aquel entonces fue el mismo Carl Schmitt, jurista del régimen nazi.

Schmitt nació en Plettenberg, hijo de un comerciante católico romano, en julio de 1888. Estudió derecho en Berlín, Munich y Strasbourg. En 1933 comenzó a dictar cursos como profesor en la Universidad de Berlín y se adhirió ese mismo año a la NSDAP. Schmitt era reconocido como un Alemán y católico controversial; en 1921 escribió su obra “Sobre la Dictadura” (*On Dictatorship*) en el que discutía los cimientos de la recientemente establecida República de Weimar y realzaba el rol del Reichspräsident. Según la interpretación de Schmitt, un dictador poderoso es capaz de realizar la voluntad de su pueblo de manera más efectiva que cualquier cuerpo legislativo, dado su carácter decisivo, mientras que los parlamentos inevitablemente incurrir en discusiones y llegan a acuerdos consensuados. Esta primera obra de Schmitt es considerada como un presagio a los acontecimientos que la suceden. En 1932 el autor escribe “El Concepto de lo Político” (*The Concept of the Political*) en el que desarrolló en mayor profundidad sus teorías acerca del Estado de Derecho. Dicho trabajo será uno en el que haremos foco en este trabajo ya que fue este mismo el que luego utilizó el partido Nazi para dar un sustento ideológico al régimen (Gopal, 2000).

Resulta interesante estudiar el abordaje de dicho personaje en el ámbito del totalitarismo ya que es uno de los pocos que encontraremos abogando a favor de dicho concepto oficialmente, dentro del seno del mismo régimen nazi. Carl Schmitt no era ni más ni menos que el jurista oficial de Hitler por lo que es evidente su postura oficial respecto al partido. Al estudiar los trabajos realizados por dicho autor logramos apreciar una valoración positiva del totalitarismo, luego de haberla ya estudiado en el seno del fascismo italiano donde originalmente nació. Por otro lado, será interesante estudiar los escritos de Schmitt donde se expone aquella justificación que defiende el partido ya que no existe una formalización del concepto por parte de Hitler. De hecho, nunca adopta el término para describir su propio régimen, en contraposición a Mussolini quien abogaba con mucho orgullo a favor del término. Hitler prefería diferenciar su régimen del resto de los que tomaban protagonismo en Europa – a pesar de que en varias ocasiones utilizó el término “Total State” al referirse a sus políticas totalitarias.

Schmitt defiende la causa totalitaria porque ve en ella una herramienta para ver realizados sus propios intereses políticos. Schmitt nunca mantuvo una relación estrecha con el totalitarismo y se adhirió a la causa porque era lo más parecido a lo que él deseaba para Alemania. Aún así, podremos extraer de sus escritos una valoración positiva del régimen totalitario y será interesante comprender la historia y el contexto de tal autor para lograr comprender dicha postura.

Carl Schmitt fue un crítico severo de la República de Weimar. Su posición venía dada particularmente por su pensamiento crítico constante hacia las instituciones y los principios democráticos parlamentaristas durante la República de Weimar. Por ello, en el plano político e ideológico fue un intelectual que favoreció el advenimiento y la consolidación del Estado totalitario Nazi. Schmitt fue un jurista que padeció la crisis del mundo burgués. Desde su posición en el seno del partido nazi, tuvo mucha influencia sobre las decisiones político/jurídicas del partido y por ende sobre la naturaleza del régimen mismo. Contribuyó tanto con sus conocimientos jurídicos como sus inclinaciones hacia la restauración de un partido político conservador: la respuesta fue unirse a la causa totalitaria que prometía Hitler.

Desde su punto de vista, la filosofía política tenía como objeto central de análisis la esencia de lo político, y lo político, decía, es inherente a la raza humana. Para definir lo político, Schmitt planteaba un escenario de excepción, y establecía que en dicho caso, quien tenía autoridad era quien decidía qué medidas tomar para lograr restablecer el orden previo. Esto, explicaba Schmitt, podía resolverse conservando el orden existente o dando lugar a un nuevo orden establecido, siempre a fin de garantizar la paz del Estado. En otras palabras, el soberano, en situación de excepción, podía actuar por sobre del orden establecido -para preservar al Estado- aún si fuera en detrimento del derecho positivo. En definitiva, la posición de Schmitt planteaba una postura conflictiva de la política, que apuntaba a renovar/restaurar el orden dinámicamente, según lo estableciera el soberano. Puesto de otra manera, Schmitt sostenía que el centro de gravedad de lo político se basaba en la existencia de una relación específica de amistad y enemistad entre grupos dentro de la sociedad. Es decir que identifica dentro de la sociedad una distinción entre “amigo” y “enemigo”. Ante esta distinción, la sociedad se encuentra bajo lo que Schmitt denomina “situación excepcional”. Esta naturaleza heterogénea

dentro de la sociedad es lo que él establece de orden excepcional y la causa por la cual el que tiene autoridad, debe posicionarse por encima del orden establecido, con el fin de erradicar esta relación de amistad-enemistad o esta situación conflictiva. Según Schmitt, la capacidad de discriminar entre “amigo” y “enemigo”, solo se podría dar dentro de un Estado que cuente con una unidad política formalizada, situación que se encontraba complicada dentro de un estado como el que gobernaba la República de Weimar, de naturaleza pluralista. Lo que Schmitt justamente comparte con Hobbes, en su libro “El Leviatán en la Teoría del Estado de Thomas Hobbes” es que el estado debe ser como el gran Leviatán -símbolo de unidad política- que monopoliza la decisión política, imponiéndola coactivamente para evitar el peligro de su ruptura. El estado es para Schmitt –y como sostiene Hobbes- evasión permanente de una guerra civil gracias a un poder gigantesco. Lo largo de todo su libro, es clara la influencia de Hobbes en los pensamientos del autor. La construcción del Estado de Hobbes se establece por el miedo que sentía el autor por el estado de naturaleza; miedo que padecía el mismo Schmitt ante el Estado de Weimar.

“Punto de partida de la construcción del Estado en Hobbes es el miedo del Estado de Naturaleza; su meta y objetivo, la seguridad del estado civil político. En el estado de naturaleza puede cada uno matar a quien quiera.” (Schmitt, 2004: 25)

Frente a este miedo, Schmitt establece que en una sociedad heterogénea –aquella que presencia una relación de amistad y enemistad- lo político se vuelve imprevisible y es difícil calcular la normalidad. A tal fin, es preciso establecer un poder suficientemente fuerte como para imponer -por miedo o a través de la violencia-, la paz necesaria. De tal manera, el soberano *decide* en la situación de desorden o de excepción (es decir, en una situación no regulada por el ordenamiento jurídico), estando capacitado para restablecer la normalidad, es decir, para conservar el orden existente o establecer otro nuevo, confiriendo a esta decisión plena validez jurídica y política.

A partir de esta postura, se aprecia la alineación intelectual entre los pensamientos de Schmitt en relación a la política y la solución totalitaria que ofrece el partido nazi. A pesar de que el autor encontraba ciertas falencias en el discurso de Hitler, sus pensamientos en cuanto al

Estado y la política eran claramente traducidos a la promesa totalitaria que sostenía Hitler y por eso supo utilizar el término totalitario con absoluta fluidez.

Lo que Schmitt temía era el avance de la democracia moderna y parlamentaria en Weimar. Schmitt sostenía que la democracia, por definición, requiere homogeneidad, la cual sólo puede producirse eliminando la heterogeneidad, imponiendo la autoridad por sobre el orden. Lo que ocurre con la democracia liberal, a diferencia de la democracia “clásica” como la define Schmitt, es que delega al ámbito privado las cuestiones conflictivas, debilitando así la fuerza del Estado como identidad política autónoma. La democracia liberal moderna, la democracia de las masas, fue la principal responsable del eclipse de lo político. En relación a esta idea, suponiendo que, como establece Schmitt, es propia de la democracia clásica la homogeneidad, y por ello, la eliminación de toda heterogeneidad, Schmitt admite la conformación totalitaria de la homogeneidad, pretendiendo así garantizar la democracia. En función de esto, según Schmitt no existe incompatibilidad entre la democracia clásica y el totalitarismo.

Es a partir de este punto de vista que encontramos embebida la utilización del concepto del Totalitarismo. Bajo este contexto histórico/político y desde adentro del partido nazi, encontramos un concepto totalitario ligado a una medida de “seguridad” política que buscaría en su fin restablecer el orden. Apreciamos el uso del término por parte de un conservador que por medio del totalitarismo buscaba encontrar una solución a una moderna democratización de la sociedad de masas que había llevado a la negación de lo político. Entendemos al totalitarismo desde este punto de vista, como una solución de autoridad para prevenir una guerra de todos contra todos, como bien establece Thomas Hobbes. El concepto del totalitarismo se presenta como el producto de una gran guerra que sacudió fuertemente las bases del liberalismo clásico y llenó a la sociedad de miedos e inseguridades.

3.2. Expansión del concepto en vísperas y durante la Segunda Guerra Mundial

3.2.1. Del totalitarismo al anti-totalitarismo: seno de los exiliados y los americanos New Deal

A partir del ascenso de Hitler al poder, el debate acerca del concepto del totalitarismo da un giro intelectual importante con respecto al terreno que venía ocupando hasta el momento. El régimen nazi asegura un quiebre notorio en la utilización del concepto y efectivamente lo convierte en uno de uso más popular. En otras palabras, deja de ocupar un terreno exclusivo en el seno de la cultura europea y trasciende los límites del continente para comenzar a sembrarse entre diversas voces extranjeras. Aquello que se había originado como un fenómeno de carácter italiano y que carecía de importancia fuera de su cuna de origen, no solo se filtraría por los muros de otros gobiernos sino que adoptaría tal magnitud –dentro del contexto del régimen hitleriano- que comenzaría a ser interpretada como una amenaza a nivel mundial. Frente a este temor global, el debate toma vuelo independiente de los regímenes que albergarían el famoso régimen totalitario, y comienza a dar raíces a un debate acerca del fenómeno en sí. Del fenómeno como consecuencia de un hecho u otro y como objeto de estudio propio. A partir de esta nueva naturaleza de debate, es donde se comienza a apreciar una serie de voces disonantes entre sí, ya que ante la novedad del concepto y ante la falta de comprensión de su origen, son varios los autores que aportan a la discusión, desde todas las posturas del espectro político.

El primer cabo lo desata, como hemos mencionado recientemente, la adopción del fenómeno por parte del régimen nazi. Es tal el poder y la magnitud que demuestra tener dicho gobierno, que inevitablemente comienza a incidir por fuera de Alemania y por fuera de Europa. Es alrededor de este periodo, con el gobierno de Stalin en alza, con el ya instaurado régimen fascista en Italia y con la aparición de Hitler como exponente máximo del movimiento

totalitario, que comienza a producirse abundantes olas de exiliados. El movimiento se da tanto entre el interior del continente europeo, como hacia el otro lado del Atlántico.

Por ende, durante este periodo de exilio y de expansión del fenómeno por fuera de sus gobiernos de origen, podemos apreciar la transición del concepto totalitario hacia el terreno de su indisociable antítesis: el anti-totalitarismo. Dicho en otras palabras, luego de la aparición del concepto como fenómeno del siglo XX, nacido desde una postura anti-liberal y anti-socialista, se evidenciará la adopción del término por la palabra de sus enemigos y sus víctimas.

Esta “cultura anti-totalitaria” que protagonizará el debate del totalitarismo en vísperas de la Segunda Guerra Mundial y hasta culminarse la misma, abarcará una gran diversidad de autores, cada uno con un trasfondo político particular. A pesar de compartir una misma mirada negativa hacia el concepto en cuestión, existen diferentes trasfondos políticos –y por ende, corrientes políticas- que se ven involucradas en el mismo discurso anti-totalitario. Aún así, la postura permanece como una anti-*totalitaria*. Esto quiere decir que apuntan a criticar el totalitarismo, cualquiera sea su elección de manifestación (ie: fascista o comunista).

En líneas generales, y a la luz de los eventos que sucedían en dichos años, podremos apreciar tres grandes tendencias protagonizando el debate: los primeros serán los anti-totalitarios anti-fascistas, generalmente exiliados del régimen Nazi o del fascista italiano. Dentro de esta rama podremos ubicar también a aquellos que se encuentran dentro de la cultura occidental y que ante la amenaza del nazismo y el prestigio que había ganado la URSS durante la guerra, simpatizaban con los soviéticos pero rechazaban el gobierno totalitario de Hitler; en segundo lugar encontraremos a los anti-soviéticos, personajes que simpatizan con la izquierda política pero que se han encontrado decepcionados con el gobierno de Stalin y que habían acudido al exilio en varios casos; por último encontramos el anti-totalitarismo que repudiaba el comunismo -el anti-comunista- y que generalmente nacían del temor a la expansión del comunismo que latía en la URSS.

En otro plano, pero con suficiente influencia en el debate, se puede apreciar dentro del continente americano una corriente de voces anti-totalitarias que utilizan la impopularidad del concepto como arma ideológica en contra de las medidas New Deal del presidente norteamericano Franklin Roosevelt. En resumen, las medidas tomadas por este presidente buscaban reformar la economía norteamericana mediante mayor intervención gubernamental en la economía, controles de precios, Estado de bienestar, y el crecimiento de los sindicatos. La corriente opositora a este plan del New Deal, establecía que Roosevelt, a través de dichas medidas y sus regulaciones y críticas en contra de Wall Street y a las grandes corporaciones, estaba estableciendo un “estado total” cuyo propósito era el de destruir la “libertad” americana. Estos conservadores críticos sostenían que éste “estado total” se asimilaba al de Alemania nazi, Italia fascista y Rusia soviética. En otras palabras, no tenían una inclinación claramente hostil hacia ningún régimen en particular, sino que recurrían al uso del término como propaganda política interna (Traverso, 2001).

Una mirada de izquierda anti-fascista y anti-soviética - Herbert Marcuse

Herbert Marcuse es escogido en este caso para brindarnos una mirada tanto anti-fascista como anti-soviética, desde el punto de vista de un intelectual marxista, que se opone fuertemente al sistema capitalista contemporáneo.

El autor era un filósofo y sociólogo de origen judío-alemán. Ex discípulo de Heidegger –con el que dejó de relacionarse luego de que este apoyara al partido nazi en 1933- fue uno de los más destacados teóricos de la Escuela de Frankfurt. Ésta, en líneas generales, buscaba renovar la teoría marxista de la época y abrazaba el marxismo abiertamente. En 1933, el autor debió exiliarse de Alemania por ser uno de los millones de judíos bajo persecución por el régimen nazi y luego de pasar por Suiza, encontró su nuevo hogar en EEUU donde obtuvo la ciudadanía norteamericana. En EEUU se destacó por teorizar sobre el régimen totalitario, en términos marxistas, como un producto de las transformaciones del capitalismo moderno. El autor pronto sería identificado como “padre” del movimiento “New Left” americano, a pesar de que éste era un término rechazado por el mismo. Desde esta posición, publicará varias

obras en los años siguientes a su exilio, siempre alineadas con su crítica hacia el liberalismo, en términos marxistas. Marcuse, además criticará la interpretación soviética del comunismo, estableciendo que tanto éste como el sistema capitalista contemporáneo representaban nuevas formas de represión social.

Este autor tendrá dos apariciones dentro de este trabajo ya que en una primera instancia abarcaremos su distinción en el ambiente académico como un exiliado del régimen nazi, con presencia en los años de la Segunda Guerra, y luego volveremos a estudiarlo en el contexto de la Guerra Fría, como un caso paradigmático dentro de este capítulo ya que figurará como un hereje de la cultura liberal norteamericana. En una primera aproximación estudiaremos las teorías que plantea en el libro “Razón y Revolución” (*Reason and Revolution*), publicado en el año 1941, y luego, en el capítulo de la Guerra Fría, estudiaremos el trabajo de “Hombre Unidimensional”, publicado en 1964, desde la postura dentro del “New Left” americano, y con cierta controversia para el contexto político dado. “Razón y Revolución” entrará al escenario del debate para dar una explicación filosófica y política de los regímenes totalitarios, y para relacionarlos –de manera negativa- al concepto Hegeliano del Estado, del cual Marcuse era fiel defensor. “Hombre Unidimensional”, como ya veremos más adelante, revelará una crítica importante al sistema de capitalismo moderno, acusándolo de ser el origen del régimen totalitario. Procederemos ahora en analizar con mayor profundidad la postura que toma el autor durante la Segunda Guerra.

En “Razón y Revolución”, Marcuse se mostrará como un defensor fiel a las teorías de Hegel, en contra del nazismo. En este libro defenderá la filosofía hegeliana del Estado como fruto de una tradición progresista, del todo incompatible con los principios del Estado totalitario. Marcuse diría que la teoría política de Hegel idealizaba el Estado de la Restauración, pero lo consideraba la encarnación de las conquistas permanentes de la era moderna, es decir, la Reforma Alemana, la Revolución Francesa, la cultura idealista. En cambio, el Estado totalitario marca el estadio histórico en que estas mismas conquistas se tornan peligrosas con respecto a la permanencia de la sociedad civil (Marcuse, 1955). Retrocederemos un poco en las teorías planteadas por Hegel –según Marcuse en “Razón y Revolución”- para entender el camino recorrido hasta esta conclusión enunciada anteriormente.

Marcuse trazará los orígenes del fascismo a la incompatibilidad entre la creciente monopolización industrial y el sistema democrático. Dirá que luego de la Primera Guerra Mundial, los grupos industriales más poderosos aprovechan el caos generado por la guerra para asumir el control político y así lograr organizar la sociedad hacia un sistema de producción monopolística y además para destruir la oposición socialista y para retomar la expansión imperialista. Este sistema político no puede conseguir la organización monopolística requerida sin adquirir un control totalitario sobre las libertades de los individuos para someterlos a los intereses de esta minoría dominante. Esta nueva organización social en definitiva sirve a los intereses de la clase burocrática dominante, la cual resultaría ser la heredera de la clase capitalista previa.

Esta organización fascista de la sociedad requería entonces un cambio cultural importante. La cultura a la cual estaba ligado el Idealismo Alemán, que a su vez permaneció viva hasta el advenimiento de la era fascista, acentuaba las libertades privadas y, de tal manera, el individuo como persona privada podría sentirse seguro en el Estado y en la sociedad. De esta forma, se prevenía el sometimiento de los individuos al poder mediante un sistema de representación político, igualdad legal y a través de las influencias libres del arte, la filosofía y la religión. Hegel en esta misma línea dividía la vida social del hombre entre familia, sociedad civil y Estado, y reconocía que cada una de estas etapas históricas merecía derechos individuales. Más aun, subordinaba hasta el más alto de estos, el Estado, al derecho absoluto del razonamiento. Cuando el advenimiento del fascismo finalmente destruyó el marco liberal de la cultura, en efecto corrompió el campo en el cual el individuo podía reclamar sus derechos frente a la sociedad y al Estado. Por ende, la filosofía Hegeliana jugaba un rol muy importante en la misma cultura que el autoritarismo debía derrocar. Consecuentemente, no es casualidad que el ataque Nacional Socialista contra Hegel comience con el repudio de su teoría política. Esto a su vez se encuentra contrastado contra la aparente aceptación del Estado Hegeliano por parte de la Italia Fascista, lo cual Marcuse encuentra justificado en las condiciones históricas opuestas que existían en estos dos Estados. Siguiendo esta línea, Marcuse sostendrá que en oposición al caso italiano, el Estado Alemán mantenía, históricamente, unos cimientos poderosos y firmes que ni la República de Weimer pudo sacudir. Era un Reichstag, que consistía de un sistema político basado en derechos y libertades instaurados firmemente, que se mostraba incompatible con un régimen autoritario. En consecuencia de esta incompatibilidad frente a un Estado basado en derechos y libertades,

el Nacional Socialismo directamente se vuelve en contra del Estado y reniega su autoridad superior. Rosenberg diría al respecto:

“Hoy ya no vemos al Estado como un ídolo independiente frente al cual el hombre debe arrodillarse. El Estado no es ni fin, es solo un medio para preservar al pueblo, y la autoridad del Volkheit es superior a la del Estado. Aquel que no admite este hecho es un enemigo del pueblo.” (Marcuse, 1955: 412).

Carl Schmitt, a quien ya hemos mencionado dentro de este trabajo, también rechazará la visión Hegeliana del Estado, declarándola incompatible con la sustancia del Nacional Socialismo. Los Nacional Socialistas, como Schmitt y Rosenberg, dirían que Hegel pertenecía a la línea de pensamiento que produjo la Revolución Francesa y la crítica marxista de la sociedad. Claramente, la filosofía del Estado de Hegel sostenía las ideas progresivas del liberalismo a tal punto que su postura política se tornaba incompatible con el Estado Totalitario: en su carácter racional, gobernado por leyes universalmente válidas, lúcido en sus operaciones y profesado para proteger el interés esencial de cada individuo. Así, la tríada Hegeliana de familia, sociedad y Estado desaparece y es reemplazada por una unidad que devora todo el pluralismo de derechos y principios. El individuo por el que aboga la filosofía Hegeliana, aquel que cuenta con la razón y la libertad, es aniquilado.

La elevación del Volk en sustitución de la tríada Hegeliana muestra la clara oposición que existe entre la filosofía del Estado del Nacional Socialismo y el Estado Hegeliano. Para Hegel, el Volk es aquella parte del Estado que no conoce su propia voluntad. Hegel rechaza cualquier noción de que el Volk es un factor político independiente porque sostiene que la eficacia política requiere la conciencia de la libertad y que el Volk aun no alcanzado esta conciencia. Aun carecen del conocimiento de sus propios intereses y constituyen un elemento pasivo en el proceso político. Por el contrario, el establecimiento de una sociedad racional supone que la gente ha dejado de existir en forma de “masa” y ha sido transformada en una asociación libre de individuos. El Nacional Socialismo, por el contrario, glorifica las masas y preserva a la gente en su condición pre-racional natural. Y aun en esta condición, el Volk no está autorizado a participar activamente en la política. Su realidad política, en cambio, debe ser representada a través de un único líder quien constituye la fuente del derecho y el orden.

La teoría social y política responsable por el desarrollo de la Alemania Fascista fue, por ende, relacionada a las teorías de Hegel, de manera negativa. Era anti-hegeliana en todos los aspectos. A su vez, estas tendencias anti-Hegelianas que nacían del régimen Nacional Socialista se adherían naturalmente a las filosofías irracionales sobre la historia y la existencia humana que surgieron en la última década del siglo XIX y juntos construyeron el marco ideológico para lanzar el ataque en contra del liberalismo.

Trotsky – La visión de un comunista anti-soviético

El aporte de Trotsky a esta línea de pensamiento anti-totalitaria nos abre las puertas a una mirada anti-soviética desde el punto de vista de un personaje que ha vivido la traición de la leyenda estalinista en propia carne y hueso. La visión de Trotsky es rica en este sentido, ya que nos permite abarcar el análisis del concepto “totalitarismo”, desde una mirada muy cercana a los hechos y con muchas emociones invertidas en dicho análisis. Es además un personaje enigmático en la historia soviética ya que estuvo en la carrera contra Stalin por la sucesión de Lenin y fue casi una cuestión de suerte –o puro ingenio de Stalin- la razón de dicha pérdida.

Los 10 años que transcurren entre la asunción de Stalin en 1927 y la primera publicación del libro “La Revolución Traicionada” (*The Revolution Betrayed*) escrito por Trotsky en exilio, fueron conocidos en el mundo entero por las medidas sangrientas y autoritarias que llevó a cabo Stalin en el poder. Sus planes quinquenales de industrialización, sus planes ineficientes de colectivización, la lucha contra los supuestos Kulaks –enemigos de la revolución comunista-, fueron algunas de estas medidas despóticas. Sin embargo, la campaña que resonó en años posteriores y se conmemora aún hoy en la memoria colectiva como uno de los genocidios más importantes de la historia moderna fue la Gran Purga del año '36 al '38. La misma fue el nombre que se le asignó a una serie de campañas de represión y persecución políticas apuntadas a disidentes del Partido Comunista Soviético, socialistas, anarquistas y opositores. Estas campañas consistían en la captura y tortura incesante de los supuestos acusados hasta lograr que los mismos cayeran –sea por colapso nervioso o por amenazas

diversas- en confesiones frente a los procesos de Moscú. Entre algunos de los grupos perseguidos estaban los denominados “Centro Terrorista Trotsky-Zinóviev” y “bloque de derechistas y trotskistas”, supuestos grupos terroristas liderados por Trotsky. Años después, investigaciones realizadas en EEUU revelarían la falsedad de dichas conspiraciones. En 1939, Stalin puso un fin a su política de terror. Los años de purga le había costado la vida a cientos de miles de personas. Entre ellos, Stalin había exterminado un quinto del Ejército Rojo y a prácticamente todos los miembros del partido original de Lenin.

Durante estos años, Trotsky paralelamente se encargaba de llevar adelante una guerra epistolar contra el dictador ruso, mediante sus entradas en el “Boletín de la Oposición” (*Bulletin of the Opposition*). En el mismo atacaba las políticas inhumanas de Stalin y criticaba su gobierno dictador. El boletín era ampliamente repartido y leído entre la población rusa, de forma clandestina. Será en 1937, en medio de la Gran Purga, que Trotsky publicará su libro “La Revolución Traicionada”.

En “La Revolución Traicionada” Trotsky realizará una fuerte crítica al sistema soviético bajo el mando de Stalin y asombrosamente profetizará la caída del sistema soviético, 30 años antes de que la misma ocurriera. En líneas generales Trotsky en su libro realiza un análisis del estalinismo y de la burocracia soviética y logra descubrir y demostrar las contradicciones de la revolución y del supuesto “Estado del trabajador” (*worker's state*) de Stalin.

Trotsky remarcará en su libro el fracaso que genera el plan de economía nacionalizada - establecida por la revolución de octubre- para la economía soviética, y lo validará desde un punto de vista marxista. Según Trotsky, y en términos de Engels y Marx, la Revolución debe ocurrir en el contexto de una economía capitalista avanzada, dadas las condiciones materiales que esta promete. Solo bajo este contexto, con la industria y la ciencia y tecnología plenamente desarrolladas, pueden garantizarse las condiciones necesarias para el desarrollo libre de las personas, comenzando por una reducción drástica en la jornada laboral.

Luego pasa a explicar lo que él considera la falla primordial del estalinismo y es que intenta promover un supuesto socialismo –una sociedad sin clases- bajo la línea de un régimen estatal burocrático. Esta combinación política es completamente incompatible, según Trotsky, y es la que llevaría a la URSS a su condena unas décadas después. La infraestructura del sistema burocrático de gobierno, bajo los planes de una economía nacionalizada, es incompatible en el seno de este sistema de “burocracia bonapartista” (como la denomina Trotsky).

Trotsky agrega que si bien durante los años de los planes quinquenales, las fuerzas productivas de la URSS llegaron a niveles considerables, lo lograron a tres veces el costo del capitalismo y aun así, fueron saboteados por la burocracia. La única manera de haber evitado el desmoronamiento de las fuerzas productivas hubiera sido delegando a la clase proletaria su administración y control democrático, no obstante esto no era una opción viable mientras existiera el sistema burocrático.

En pocas palabras, Trotsky sostiene que la Unión Soviética era un “Estado del trabajador” degenerado -un sistema “bonapartista”- sin episodios, que no estaba destinado a perdurar en el tiempo. Desde el punto de vista de Lenin, el destino de esta “casta parasitaria” –léase clase burocrática explotadora- era el de enfrentarse a una segunda revolución proletaria que finalmente la arrasaría con y se instalaría en un sistema gobernado por una sociedad sin clases. En las palabras de Trotsky, *“el proletariado destruirá el antiguo régimen burocrático y creará su propio aparato de empleados y trabajadores”* (Trotsky, 1972: 50). Así el régimen proletario bonapartista hubiera sido lo que Trotsky denominaba *“un régimen preparatorio transicional de un capitalismo a un socialismo”* (Trotsky, 1972: 47). Si, por el contrario, la Segunda Guerra Mundial, en lugar de estimular una revolución llegara a provocar el declive del proletariado, esto llevaría a la alternativa de un mayor declive del capitalismo monopólico, resultando en una mayor fusión con el Estado y con la sustitución de la democracia, donde algo reste, por un régimen totalitario.

En la serie de cartas denominada “En Defensa del Marxismo” que escribe Trotsky entre 1939 y 1940, el autor continúa la línea de pensamiento que había registrado en “La Revolución Traicionada” y pasará a mencionar con mayor frecuencia la naturaleza totalitaria del régimen

soviético. En esta serie de cartas, el autor hará énfasis en el nacimiento del fenómeno totalitario como el resultado de una crisis del capitalismo en los países europeos más conmocionados por la Primera Guerra Mundial, de la cual heredaron un nacionalismo exacerbado, agudas contradicciones sociales e instituciones políticas regularmente frágiles.

“La crisis de la sociedad capitalista, la cual asumió un carácter abierto en julio de 1914, desde el primer día de la Guerra, produjo una fuerte crisis entre el liderazgo proletario. Durante los 25 años que han transcurrido desde entonces, el proletariado de países capitalistas avanzados aún no ha creado un liderazgo que logre alcanzar los niveles de las tareas que dominan nuestra época” (Trotsky, 1966).

Trotsky, por ende, veía frente a la incapacidad del proletariado para asumir la dirección de la sociedad, el surgimiento de una nueva clase explotadora en el seno de la burocracia bonapartista. Esta nueva clase constituiría un régimen de decadencia, que contendría los gérmenes del eclipse de la civilización y esto es lo que Trotsky denominaba un régimen “totalitario”. Por ende, ve entre las causas de los orígenes del totalitarismo, la dilatación del proletariado a nivel global en resolver los problemas que atosigaban al mundo entero en esos años de pos-guerra. Hace referencia a un proletariado global, ya que ve los mismos orígenes del totalitarismo estalinista en los regímenes totalitarios que surgieron en el resto del mundo. Trotsky sostiene, en este sentido, que *“el Estalinismo y el fascismo, a pesar de sus profundas diferencias en sus bases sociales, son fenómenos simétricos”* y a tal fin, sus orígenes se encuentran igualmente en la pasividad de una potencial revolución proletaria. En síntesis, el totalitarismo representaba, desde la visión Trotskista, el eclipse de la civilización, como el resultado de una clase proletaria incapaz de restablecer la democracia.

“Un colapso del régimen Soviético conllevaría inevitablemente al colapso de una economía planeada, y por ende a la abolición de la propiedad de Estado. El lazo entre los fondos y las fábricas caería. Las empresas más exitosas lograrían independizarse, convirtiéndose posiblemente en compañías de bolsa o encontrando alguna otra forma transicional de propiedad –en por ejemplo alguna en la que los trabajadores participaran de los beneficios. Los campos colectivos se desintegrarían todos al mismo con mucha facilidad. La caída de la actual dictadura burocrática, sino llegara a ser reemplazada por un nuevo poder socialista, significaría un retorno a relaciones capitalistas con un catastrófico declive de la industria y la cultura” (Trotsky, 1972).

Desde una mirada anti-comunista ultra liberal – Friedrich Von Hayek

El rol que ocupa Von Hayek dentro del debate sobre el totalitarismo es uno que trasciende el marco temporal de los capítulos estructurados en este trabajo. En un principio podríamos mencionarlo como un autor que acompaña las escrituras de la corriente anti-totalitaria, pero veremos más adelante que el mismo tendrá otra aparición como protagonista del escenario liberal conservador. De hecho el autor se caracteriza popularmente hoy por sus tendencias ultra liberales y sus influencias sobre las políticas conservadoras de Reagan en los EEUU y Thatcher en el Reino Unido. No obstante, las primeras apariciones del concepto totalitario surgen en su famoso libro “Camino a la Servidumbre” (*Road to Serfdom*), publicado en 1944, y todo el protagonismo que tuvo en años posteriores nacen de esta misma obra.

Friedrich Von Hayek nació en 1899 y vivió la primera mitad de su vida en Austria. Durante sus estudios de doctorado en Leyes y Política Económica Hayek simpatizaba con ideologías socialistas y creía en la intervención del Estado para optimizar el orden social. En sus años de Doctorado, fue alumno del profesor y economista liberal conservador, Ludwig Von Mises. Von Mises fue uno de los primeros en integrar la Escuela Austríaca, una escuela heterodoxa de economía que principalmente defendía una adhesión estricta a la corriente de individualismo metodológico, opuesta a su vez a la metodología de las ciencias naturales aplicadas a las ciencias humanas. Es decir, defendían el análisis de la acción humana desde la perspectiva de agentes individuales y a través de métodos lógico-deductivos. En línea con esta visión, sostenían una fuerte crítica hacia las corrientes de investigación como el marxismo, el socialismo fabiano, el nazismo, el fascismo y el keynesianismo, dado que todas las mencionadas se regían por métodos similares al de las ciencias naturales, o eran, lo que Popper llamaría “corrientes historicistas”. La Escuela Austríaca estaba en total oposición de esta postura.

Estas ideologías de la Escuela Austríaca, eventualmente introducirían un cambio radical en la postura política y económica de Hayek ya que al leer el trabajo “El Socialismo” de su profesor, cambiaría para siempre su visión acerca del socialismo. En dicho trabajo, Von Mises

realizaba una severa crítica contra este sistema de gobierno, e influenciaría enormemente en los pensamientos de su alumno, a tal punto que definiría su futuro como lo que llamarían más adelante “padre del liberalismo moderno”. A partir de dicho episodio, se convertiría en discípulo de Von Mises y trabajaría junto a él en la Oficina de Cuentas del Estado. Eventualmente formaría parte de la Escuela Austriaca, siguiendo los pasos de su mentor.

En 1944, Hayek escribiría “Camino a la Servidumbre”, un libro en el cual se puede apreciar las influencias críticas que adquirió de Von Mises, y de la Escuela Austriaca, con respecto al Socialismo. Dicho libro recibió atención inmediata desde la opinión pública ya que fue publicado en un año en el que en el mundo aún protagonizan el escenario político los regímenes totalitarios de Alemania y la URSS. Era evidentemente un libro controversial para el momento ya que su contenido se refería explícitamente a analizar los orígenes de regímenes totalitarios como los que mencionamos anteriormente. Puntualmente, Hayek manifestará que en la planificación económica socialista se encontraba la causa última de las diversas formas de totalitarismo del siglo XX.

El primer capítulo del libro se denomina “El Camino Abandonado” (*The Abandoned Road*). En el mismo Hayek se refiere a la renuncia progresiva de la sociedad a la libertad en los asuntos económicos. Lo que Hayek resaltará, no obstante, a lo largo de todo el libro, es que sin libertad económica, la libertad política y la personal no pueden existir. Veremos por ende cómo desde la visión de Hayek, la planificación socialista limita -mediante el control estatal de la economía- las libertades del individuo. Agrega que a pesar de que grandes pensadores, como Tocqueville, habían advertido de que el socialismo significa esclavitud, la sociedad igual se dirigía en esa dirección.

Otro pilar importante en el debate de Hayek es la cuestión del individualismo. Menciona cómo, a la par del abandono a la libertad económica, las sociedades han tendido cada vez más hacia prácticas colectivistas, dejando atrás las individualistas. Las diversas formas de colectivismo como el socialismo y el fascismo, por ende, han logrado reemplazar la corriente individualista que se había cristalizado en el Renacimiento y que había cobrado relevancia con la Revolución Francesa en términos de libertades políticas.

Podemos apreciar, por ende, dos aportes importantes al debate de Hayek en la cuestión totalitaria: en un primer lugar, el impedimento de una libertad individual y política ante una planificación socialista; en segundo lugar, siguiendo la misma línea, la tendencia hacia una estructura social colectivista, en detrimento de una individualista. Cabe aclarar que para Hayek el socialismo es una especie de colectivismo. A partir de estos elementos podemos ya comprender la postura liberal, en el sentido económico del término, que transmite Hayek en su debate. Su justificación del concepto totalitario como resultado de estos elementos mencionados, remiten a una suerte de añoro por el mundo liberal que había logrado construir la sociedad liberal pos-revolución francesa. Hayek establece que los principios básicos del liberalismo no se oponen en lo mas mínimo al cambio y que justamente su fundamento reside en que el orden social debe hacer uso de las fuerzas espontáneas de la sociedad, recurriendo en lo mas mínimo a la coerción. Reflejaba, en contraposición, la naturaleza rígida de un sistema socialista y colectivista.

A tal fin, es importante entender la definición de Hayek acerca del socialismo. El autor establece que el socialismo puede claramente relacionarse con ideales de justicia social, igualdad y seguridad. Aclara, no obstante, que no debe olvidarse de que estos son los objetivos de dicha corriente y que lo pertinente en dicho debate son los medios mediante los cuales se alcanzan dichos objetivos; estos son la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, y la creación de un sistema de "economía planificada" en la que un organismo de planificación central sustituye a los empresarios que trabajan por una ganancia; y estos son los que definen al socialismo. En línea con la naturaleza colectivista del socialismo, dichos sistemas se caracterizan además por la deliberada organización de toda la actividad de los individuos en función de un objetivo social definido, rechazando cualquier área donde los intereses individuales sean lo más importante. En esta instancia, Hayek introduce a su teoría otro concepto importante: la ley o estado del derecho ("rule of law").

"Este 'estado del derecho' significa que el gobierno en todas sus acciones está sujeto a reglas fijas, anunciadas de antemano – reglas que hacen posible prever con considerable certeza cómo la autoridad usará sus poderes coercitivos en circunstancias determinadas y planear los asuntos individuales de uno en base a este conocimiento" (Hayek, 1944: 75).

La planificación económica colectivista se basa justamente en lo opuesto a la ley del derecho. La autoridad planificadora no puede limitarse a proporcionar oportunidades para que personas desconocidas hagan con ellas lo que estimen conveniente. No puede amarrarse a reglas formales que limiten su acción. La planificación implica elegir entre las necesidades de diferentes personas y permitirle a alguien lo que habrá que prohibirse a otro. Esto se traduce en una economía administrada de manera arbitraria o hasta dictatorial -- de aquí nace el socialismo como causa última del gobierno totalitario. Hayek establece que el socialismo entrega el ideal supremo de la libertad por el vago concepto de “justicia”. Pero esta justicia es determinada por jueces y por el Estado, y es así cómo se pierde el elemento del estado del derecho. En otras palabras, la planificación implica la discriminación deliberada entre necesidades particulares de individuos, y esta discriminación está en la decisión arbitraria del Estado.

Resumiendo, Hayek ve en todos los elementos de la planificación socialista y la tendencia colectivista el camino hacia un régimen totalitario. Esto se debe, como detallamos anteriormente, a que sin propiedad privada se crea una dependencia tan grande del estado que convierte a sus ciudadanos prácticamente en esclavos, dependientes de este Estado. Como no puede expresarse el bienestar de millones de personas mediante un objetivo único, el Estado debe decidir ciertos objetivos y se los debe imponer a aquellas personas que no estarán de acuerdo. Para imponerlo, se deberá coaccionar y tomar medidas represivas en caso de que no acepten a la autoridad central. Esto eventualmente se traduce a las medidas represivas de un régimen totalitario.

En conclusión, Hayek teorizaba en “Camino a la Servidumbre”, una concepción neo-liberal basada en la idea del mercado como fundamento armonioso y autosuficiente del orden social frente a un Estado mínimo, reducido al mantenimiento del orden público, al ejercicio de la justicia y a la defensa de la propiedad. En base a dicha teorización podría claramente establecerse el carácter anti-comunista de Hayek en sus escrituras, pero no debemos ignorar el hecho de que en la construcción de su teoría no dejaba afuera la mención del régimen nazi para establecer un vínculo con el régimen totalitario, resultado de una planificación socialista. De hecho, sugiere que el nazismo se había desarrollado como un sistema socialista muy

similar al de la URSS, sólo que se cambió el elemento de “clases” por “razas”, y que esa era la única consecuencia de la evolución del comunismo.

Una visión liberal alternativa: Popper

Siguiendo sobre la misma línea de pensamiento de Hayek, resulta interesante incorporar al debate en cuestión el punto de vista de Karl Popper. El mismo intentará encontrar los orígenes de la cuestión totalitaria y a tal fin, integrará una perspectiva que complementa a la de Hayek. Él también adopta una postura liberal y esto tendrá influencia en su justificación del origen totalitario. No obstante, la visión de Popper se diferencia de la de Hayek en que este último, como hemos analizado, considera que el origen del régimen totalitario reside en la planificación socialista, mientras que Popper lo explica como un movimiento reaccionario contra los avances de la sociedad moderna. Es decir que mientras uno declara que el régimen totalitario es el producto gradual de una tendencia hacia una sociedad con planificación socialista, completamente consciente del rumbo que encamina, el otro es el resultado de una reacción negativa frente al shock del avance a una sociedad abierta que habilita la crítica de cada individuo en sociedad. A su vez el primero tiende a focalizar sus ataques hacia el régimen totalitario en la versión socialista –o comunista- mientras que el segundo tiene a concentrar su crítica hacia la versión nazi.

Otro punto en común entre Hayek y Popper es el apoyo a la idea de una sociedad liberal como aquella que permite y es flexible a las fuerzas espontáneas de la sociedad y sabe adaptarse al cambio para el progreso. Hayek presentaba la contra desde esta postura liberal en su interpretación de una sociedad “colectivista”. Popper tendrá un abordaje aun más profundo y rico en detalle acerca de este tema ya que uno de los pilares fundamentales de su teoría es la de la sociedad abierta versus la sociedad cerrada -o en otras palabras, la totalitaria. De hecho, interpretaremos dicha postura desde su libro “La Sociedad Abierta y sus Enemigos” (*Open Society and its Enemies*), publicado en 1945.

En “La Sociedad Abierta y sus Enemigos”, Popper afirmará que los regímenes totalitarios son el resultado de un shock que no logran superar ciertas sociedad tribales o cerradas, luego de haber realizado la transición de una sociedad cerrada a una abierta con libertad de pensamiento crítico. Este temor, o esta falta de adaptación por parte de estas sociedades cerradas llevan por ende al intento de las mismas de erradicar la civilización y volver al tribalismo. Las sociedades tribales son lo que Popper claramente denomina de “carácter cerrado”. Estas sociedades, que en definitiva son las totalitarias, se caracterizan por la autoridad y por su resistencia al cambio Su crítica al totalitarismo lo podemos ver en la antítesis: en la defensa de la sociedad abierta. La sociedad abierta -término que adjudica a las sociedades liberales- representa desde su punto de vista una sociedad libre, individualista, que habilita la discusión crítica y es abierta al cambio.

Popper va más allá de esta explicación y busca justificar esta crítica realizando un análisis a las doctrinas de los que considera los “creadores” de la ideología totalitaria, léase Platón, Hegel y Marx, a su vez, promotores de la sociedad cerradas. Popper pasará a justificar los orígenes de la sociedad cerrada o totalitaria, en la doctrina de la corriente historicista, siendo Platón uno de sus máximos exponentes.

El historicismo, según lo define Popper, es una doctrina promueve la aplicación de los métodos de las ciencias naturales a la historia. Se basa en la creación de leyes universales que rigen los destinos de la humanidad. Popper realza a Platón en medio de su crítica a esta corriente historicista ya que Platón se presentaría en Atenas como uno de sus máximos defensores, promoviendo una ley de desarrollo histórico. Platón, en esta línea, establecería que *“todo cambio social es corrupción, decaída o degeneración”* (Popper, 1972: 19). Platón afirmaría que esta teoría de la historia, a su vez, formaba parte de una ley cósmica superior, según la cual todo aquello que estuviera en flujo o cambio estaba destinado a decaer. Así pues, en Platón hallamos un deseo irrefrenable de impedir el cambio, pues éste equivale, según su teoría, a la degeneración. Por esta misma razón insistió en defender un modelo de sociedad en el que los filósofos gobernarán y todos tuvieran como fin mantener la estabilidad del Estado. Así es que Platón se volvería, dentro del ámbito político griego, un agente de

resistencia frente a la transición de Atenas hacia una sociedad cada vez más abierta, y en su lugar defendía volver a las antiguas sociedades aristocráticas tribales de Creta y Sparta.

Popper creía hallar en Hegel el eslabón que une el pensamiento reaccionario griego con las ideas de Karl Marx. Su crítica hacia Hegel se enfoca a la pretensión del mismo de construir una teoría universal de la historia de la humanidad que explique todo el devenir humano. Así, en una misma teoría incluye la política, la filosofía, la religión, el arte y todas las manifestaciones del espíritu. Hegel sostiene que su teoría puede aplicarse a todo el desarrollo futuro de la humanidad, ubicándose desde un punto de vista absoluto, que cubre el todo. Popper sostiene firmemente, como ya hemos visto, que esto es imposible, ya que el hecho mismo de seleccionar ciertos datos de la historia, para supuestamente explicar el devenir futuro, ya implica la adopción de un punto de vista determinado.

Finalmente procede a realizar una crítica similar a las doctrinas de Marx ya que ve en sus escritos la penetración de la ideología Hegeliana. Marx, con su teoría de la lucha de clases de la sociedad, también hacía referencia a una teoría global, totalizadora que intentaba explicar el devenir de la humanidad. Según Marx, una clase elegida, la del proletariado, sería la protagonista de una revolución social que resultaría en la dominación del sistema. Desde una mirada historicista, Marx logra predecir el devenir de la sociedad mediante una interpretación de los hechos históricos, de la cual vez logra deducir una ley que explica ese devenir.

En esta instancia, Popper agrega además una dicotomía fundamental en relación a su crítica al historicismo y es el de la ingeniería social utópica versus lo que él denomina “piecemeal engineering”. La ingeniería social utópica establece que en primer lugar la sociedad debe establecer su objetivo utópico ideal, y que recién definido este ideal último -mediante una especie de mapa teórico conceptual de la sociedad- puede comenzar a delinearse un plan de acción para su realización. En contrapartida, la “piecemeal engineering” no busca delimitar un plan de acción alrededor de un objetivo ideal último, sino que adopta un método en el cual sus prioridades pasan por luchar contra los males urgentes amenazando la sociedad. La diferencia fundamental reside en que la primera basa todas sus acciones en ese mapa conceptual de la sociedad para lograr, a cualquier precio, cumplir ese objetivo ideal –resultando probablemente

en un intolerable crecimiento del sufrimiento humano- mientras que la segunda acude a actuar en el momento sobre los problemas que atosigan una sociedad. A favor de la ‘piecemeal engineering’, Popper establece que mediante este sistema, es más fácil imponer una lucha unida contra la injusticia y los males de una sociedad y en todo caso la guerra sería unánimemente mas apoyada, que si se declarara por algún ideal utópico lejano.

Popper dirá que la doctrina de ingeniería social utópica es una alternativa a la doctrina historicista y lo lleva claramente a luz mediante su análisis de la teoría social de Marx. En la misma el autor establece una clara comparación entre el fin utópico de la ingeniería social y la utopía de una sociedad sin clases que promete Marx en el último estadio de su teoría. De esta manera refleja la estrecha relación entre la doctrina historicista y la ingeniería social utópica.

En resumen, en su búsqueda por los orígenes intelectuales del totalitarismo, Popper remarca una clara división entre la “sociedad abierta”, por un lado, y la “sociedad cerrada” -enemiga de la primera- por el otro. La sociedad abierta, portadora de una democracia liberal moderna, fundada en el pluralismo político, en la confrontación de las ideas y en el individuo por sobre de la sociedad, era aquella que además se basaba en una ingeniería social que permitía revolver de manera práctica y eficiente los problemas de un grupo social, dando lugar así al cambio constructivo dentro del mismo. De esta manera justifica, a través de la sociedad abierta, los medios para realizar los objetivos de cada individuo en la sociedad. La sociedad abierta era aquella que apostaba al progreso, y detectaba sus eventos fundadores en el racionalismo del siglo XVIII y en la revolución francesa. La sociedad cerrada era, por el contrario, una síntesis de la sociedad totalitaria, ya que se identificaba con la organización de sociedades tribales y se basaba en una ideología historicista dirigida a sacralizar el poder y orientada a la guerra. Esta naturaleza historicista conllevaba a una sociedad inevitablemente totalitaria debido a su interpretación teórica de la historia, que limitaba la responsabilidad democrática en cada individuo, minimizando así el poder de sus acciones individuales, delegando y justificando todo el poder al Estado. Otra alternativa de esta sociedad cerrada es la doctrina de “piecemeal engineering” que como ya hemos mencionado, tienden a políticas de autoritarismo y guerra. En definitiva, esto se traducía en una sociedad que defendía el Estado definitivamente inmóvil, perpetuando el poder de una elite.

3.3. Evolución del concepto a la luz de la Guerra Fría

3.3.1. Del anti-totalitarismo al anti-comunismo: hegemonía del concepto por parte de la cultura liberal-conservadora

El estallido de la Guerra Fría representa en la historia del debate acerca del totalitarismo un relanzamiento importante del término en diversos foros académicos. Será en esta época, de hecho, que el concepto cobrará mayor relevancia y será por ende “la edad de oro” del concepto de totalitarismo. Para aquellos años ya habrían aparecido formulaciones teóricas acerca del concepto –las cuales estudiaremos a continuación- y por ende estaba instaurado en el escenario colectivo ya no como un fenómeno nuevo y amenazante sino como una mera ideología. No obstante, y a diferencia de lo que hemos percibido en estudios anteriores acerca del concepto, mutará su interpretación desde un punto de vista crítico –como lo percibiríamos en los años ’30- y pasará a tomar una forma apologética para con el sistema liberal de occidente. De esta manera, decantaba una interpretación anti-comunista a la par del anti-totalitarismo, y se encontraba ligada ahora a valores de libertad y de derecho que se exponían claramente en la cultura liberal conservadora norteamericana.

El año 1945 significó el fin de la Segunda Guerra y el comienzo de una nueva etapa para el mundo entero. Alemania, la todopoderosa amenaza que hacía temblar al mundo, había caído vencida y el máximo exponente del terror totalitario era sujeto ahora a una división entre “occidente” y “oriente”, representando esta escisión un claro reflejo de la contraposición entre la ideología liberal conservadora de los EEUU y la comunista de la URSS. La relación entre estas dos superpotencias ya venía deteriorándose desde mediados de la Segunda Guerra pero sería recién con la victoria por parte de los aliados que comenzarían a contraponer sus diferencias políticas. Tenían ambas visiones muy dispares acerca de cómo abordar el mundo pos-guerra. La URSS buscaba expandir el comunismo en toda la Europa Oriental y crear un bloque de gobiernos simpatizantes en defensa de cualquier tipo de ataque, fuere por parte del capitalismo o por parte de Alemania. EEUU visualizaba la expansión del comunismo como una amenaza que debía erradicar. Así fue que al año de culminar la Guerra, en 1946, se

traza una división ideológica entre Europa occidental –bajo la alianza de EEUU- y Europa oriental –bajo el control y la influencia de la Unión Soviética. Esta era la llamada “Cortina de Hierro” que dividía los dos grandes enemigos de la Guerra Fría. En estos años, era evidente el temor de Occidente frente a la expansión del comunismo. Fueron varias las medidas que se tomaron en el afán de contener la expansión comunista. En 1947, se lanzó el “Plan Marshall” el cual ponía en acción la recuperación y salvación para todos aquellos países de Europa Occidental que estuvieran debilitados por la Guerra y que podrían, en visión de los EEUU, caer bajo la influencia de la URSS vecina. En 1948, la Doctrina Truman decretaba la asistencia por parte de EEUU a todo Estado que estuviera amenazado por fuerzas externas. Esta fue otra de las políticas de contención que realizó EEUU frente a la amenaza de la expansión comunista. Así continuaría a lo largo de décadas, la creciente oposición entre el oriente comunista y la occidental capitalista. Entre estos años habría una carrera armamentista por un lado y carrera del espacio por el otro. En el frente ideológico, la URSS dejaba en claro, bajo la visión Marxista y Leninista, que la convivencia entre capitalismo y comunismo no era posible, ya que según los mismos el capitalismo estaba destinado a colapsar. Mientras que el occidente capitalista veía en la URSS un imperio malvado que había que contener.

Bajo este contexto se desenvolvía la nueva etapa del debate acerca del concepto totalitario, decantándose así una relación simétrica entre el anti-totalitarismo y el anti-comunismo. Así, los teóricos del totalitarismo no eran más anti-fascistas emigrados ni revolucionarios perseguidos por Hitler o Stalin. Los intelectuales en cuestión eran hoy ya ciudadanos norteamericanos que se habían formado dentro del seno de una cultura de lengua inglesa. Se podía hablar ahora de una transferencia cultural en la cual la problemática que habían importado desde Europa los exiliados en los años de guerra, léase el fascismo y el totalitarismo, se repensaban ahora a la luz de nuevas categorías como la idea liberal y republicana de la libertad. Desde otro punto de vista, esto se traducía en que ahora el totalitarismo asumía una doble función política: por un lado contribuía a inmunizar el sistema occidental, poniéndolo por encima de cualquier crítica que pudiera recibir, y por el otro relativizaba el pasado nazi, debido al rol que cumplía la RFA –Estado surgido en Alemania Occidental en la pos-guerra- en su lucha contra el comunismo.

Y así fue que la noción de totalitarismo estaba bajo monopolio casi exclusivo de la cultura liberal conservadora. Esta tenía la libertad de expresar una ideología totalitaria que simplificaba y a veces deformaba la historia, pero les brindaba la seguridad de mantenerlos como defensores exclusivos de la libertad, frente a un gigantesco sistema de opresión como lo era la URSS comunista. A su vez, se aprovecharían de la prosperidad económica que habían logrado demostrar los regímenes liberales –que entraron en gran desconfianza en los años de entreguerras- para consolidar la unión entre capitalismo y libertad.

En los años posteriores de la Gran Guerra, el “anti-totalitarismo” comenzaría a ser visto por varios autores como un pretexto para legitimar un orden imperial y neo-colonial que comenzaba a adoptar EEUU dentro del territorio latinoamericano y africano. Por otra parte, el conjunto de politólogos de la “New Left” norteamericana denunciarían el carácter coercitivo de los regímenes totalitarios, y justificarían que los mismos logran sembrarse a la sombra de la democracia liberal y de la economía de mercado capitalista. Continuarían señalando que en las sociedades actuales, las amenazas a la libertad de los individuos provienen menos de un Estado opresor e invasor, y más de una economía de mercado que condiciona el modo de vivir. Bajo este contexto volveremos a hacer mención de Herbert Marcuse, el llamado “padre” de la “New Left” norteamericana. El mismo publicaría en los años ‘60 un libro en el que realza su teoría acerca de que los orígenes del totalitarismo se encuentran en un sistema capitalista desarrollado (Traverso, 2001).

Tanto por amenazas externas –sea la expansión del comunismo- como por amenazas internas –desde la crítica de la “New Left”- como por políticas llevadas a cabo por los EEUU que abogaban en contra de las libertades humanas –léase su respaldo político a las dictaduras latinoamericanas en la década de los ’70- eran varias las razones por las cuales EEUU se encontraba más fuerte, o por el contrario, más vulnerable que nunca, en defensa de sus ideologías. La respuesta que facilitaba su postura ante todas estas amenazas y que a su vez le permitía justificar sus políticas controversiales, era la postura de una nación libre y republicana contrapuesta en guerra a un régimen tiránico y totalitario. Así, el discurso de EEUU era el de defensor de la libertad y opositor de la opresión tiránica que existía del otro lado del Atlántico; y así EEUU promovía la lucha anti-totalitaria para continuar esparciendo los valores de “libertad” que albergaba en su sistema capitalista.

Hacia la década del '80, veremos que se apodera del escenario anglo-sajón -léase los EEUU e Inglaterra- una ola revolucionaria ultra conservadora que se impregna en las medidas políticas y económicas de dichos países. Dicha revolución conservadora la llevarían a cabo el presidente Ronald Reagan en los EEUU y la Primer Ministra Margaret Thatcher, en Inglaterra. La asunción casi simultánea de ambos dirigentes, reflejaría en los años siguientes una serie de transformaciones políticas prácticamente simétricas en su naturaleza y origen. A tal fin, volveremos a introducir a Von Hayek al debate en cuestión ya que sus trabajos en relación a políticas de laissez-faire y a sus críticas contra la planificación económica socialista, serían la base ideológica sobre la cual se apoyarían tanto Reagan como Thatcher para justificar sus políticas económicas ultra-liberales. A pesar de que Hayek diría que él se considera un económico liberal en el sentido clásico de la palabra y que, por el contrario, no simpatizaba con su asociación al conservadurismo político, el contexto promovía esta dualidad en todas sus medidas por lo que resultaba dificultoso separar a Hayek del conservadurismo. Un dato interesante al respecto es que Hayek publicaría como anexo a su libro "La Constitución de la Libertad" (*The Constitution of Liberty*), un ensayo denominado "Por qué no soy un conservador" (*Why I am not a conservative*), en donde manifiesta sus críticas hacia el programa político ofrecido por esta corriente.

El Totalitarismo según Hannah Arendt

A fin de introducir al debate a los autores protagonistas del escenario de Guerra Fría, debemos partir por aquellos que han cristalizado y teorizado el concepto del totalitarismo y que son hoy considerados como los clásicos en referencia a esta materia. Consideraremos en primer lugar a la teórica alemana, Hannah Arendt. No podremos abarcar un análisis completo del concepto de totalitarismo sin incluir en el mismo a la obra clásica de esta autora: "Orígenes del Totalitarismo" (*The Origins of Totalitarianism*). Dicho texto fue una de los más importantes registros en materia del debate acerca del concepto de totalitarismo ya que fue el primero en teorizar el concepto en los años de pos-guerra.

Arendt fue una de las pensadoras más importantes del siglo XX. Alemana judía, tuvo que exiliarse durante la persecución nacionalsocialista, y por esa misma razón, le quitaron su nacionalidad hasta que en 1951 le concedieron la ciudadanía norteamericana. Sus mayores influencias provienen de Heidegger, Aristóteles y Kant. A lo largo de sus obras, se puede percibir un abordaje fenomenológico. Haremos foco en “Orígenes del Totalitarismo”, donde la autora puntualmente estudia los diversos elementos que se desarrollan hacia fines del siglo XIX y se consolidan con la Primera Guerra, y que atentan contra la seguridad de este espacio público. Arendt considera al espacio público como uno que está dominado por la pluralidad, por la diversidad entre los hombres, sus apareceres en el mundo y sus representaciones del mundo. El hombre cual hombre se confirma a sí mismo en el discurso y en la acción (Dan & King, 2007). Arendt comprende a los regímenes totalitarios como sistemas que se apoderan de una sociedad de individuos que han negado lo político y que por ende han perdido toda su libertad y capacidad de acción. Arendt pone de manifiesto la unión indisoluble entre vida y pensamiento, aclarando que el pensar es esencial para vivir y para alcanzar la dignidad humana. Quien renuncia a pensar con libertad acaba degradando su condición humana, llegando así a la conclusión de que negarse a pensar es una renuncia a la libertad (Arendt, 1978). Estos serán los principios primordiales que aplica Arendt a lo largo de su obra y en función de ellos estudiaremos su análisis del concepto totalitario en su obra “Orígenes del Totalitarismo”.

Universidad de
San Andrés

Los escritos de Arendt son un reflejo de lo que le sucedía en el contexto que la acompañaba en aquellos años. En líneas generales: la asunción de Hitler, el destino catastrófico de los judíos bajo el mando de este dictador, la asunción del estalinismo soviético, y la aniquilación de millones de campesinos rusos. Lo comienza a describir en forma de una serie de ensayos, al arribar al continente americano en los años '40. De hecho, varios de estos ensayos se publicaron en revistas, previo a la aparición del libro, en el cual finalmente articularía todos sus escritos. La realidad es que inicialmente, su intención no era hablar del totalitarismo, sino hacer énfasis en el imperialismo racial, materia sobre la cual dedica gran parte de sus trabajos y sobre lo cual de hecho pensaba dedicar la totalidad del mismo. Por ende, “Orígenes del Totalitarismo” fue originado en su teoría como un estudio abordando la crisis del estado-nación moderno en relación al imperialismo, y únicamente en una etapa posterior le brindó un enfoque ejemplar al caso del Nazismo. Por último, y frente al desbalance que decantaba de su visión unilateral de la realidad, agregaría un último abordaje al caso estalinista (King & Stone,

2007: 178). Pero volviendo al enfoque del imperialismo racial, Arendt nos acercará a este objeto de estudio como una precedencia histórica al fenómeno totalitario.

Ella dirá que ha intentado:

“descubrir los elementos claves del totalitarismo y analizarlos en términos históricos, trazando estos elementos hacia atrás en el tiempo, hasta donde consideraba necesario y propio hacerlo. Es decir, no he escrito una historia del anti-semitismo ni del imperialismo, sino que analicé el elemento del odio judío y el elemento de la expansión en cuanto fueran visibles y jugaran un rol decisivo en el fenómeno totalitario en sí. El libro, por ende, no trata realmente con los “orígenes” del totalitarismo...sino que brinda un reporte histórico de los elementos que se han cristalizado hacia el totalitarismo.” (Bernstein, 1996)

La última parte de su libro, -en posterior lectura de los elementos que ella considera se cristalizan en el fenómeno totalitario- hará foco en la estructura elemental del totalitarismo y su dominación misma.

Los elementos que ella menciona como aquellos que se cristalizan en un sistema totalitario son el antisemitismo, imperialismo, colonialismo y racismo. Sostiene que las condiciones necesarias para dar lugar a estos elementos se fueron desarrollando en Europa a lo largo de las últimas décadas del siglo XIX y finalmente la Gran Guerra les dio vida. A lo largo de su obra, Arendt hace una referencia interesante a los efectos de la Guerra sobre la desintegración moral y material de Europa -particularmente en los países abatidos- y considerará que han sido estos efectos devastadores sobre la sociedad europea los que le han facilitado el paso a un régimen totalitario, cristalizando los elementos mencionados.

En vista de su análisis acerca de la transición de un Estado Nacional a uno Imperialista, Arendt denota las implicancias económicas y políticas que surgen de esta transición, léase la exportación de capital, seguido por la exportación del poder estatal. Este afán por un expansionismo ilimitado de por sí se oponía al concepto de Estado-Nación, que por definición es territorialmente limitado. Este nuevo imperialismo concebía al mundo extraeuropeo como un inmenso terreno de tierras colonizables, abiertas a la expansión del capital y a la conquista

del “espacio vital” para las potencias occidentales. El concepto de “Lebensraum” (espacio vital) se había convertido de hecho en un intento de legitimización científica -a través de las categorías del social-darwinismo- de la política colonial europea. A continuación detalla la serie de elementos que acompañan el nacimiento del imperialismo: la idolatría a la personalidad individual, el racismo ampliamente instalado entre las masas, la alienación de las masas del gobierno y sus partidos, y la creciente popularidad de partidos que se presentaban como por encima del partido y de los intereses de clase. Arendt se detiene sobre el factor del racismo, sosteniendo que el mismo era un ingrediente elemental en el colonialismo imperialista ya que se concebía como arma ideológica de la misma. En relación a todos estos elementos, Arendt afirmaba que existía una suerte de descomposición del sistema de clases –y en consecuencia, del sistema partidario- y una atomización e individualización de la sociedad de masas, las cuales tenían sus orígenes marcados principalmente en la nivelación y desintegración de la sociedad Europea, que trajo consigo la Primera Guerra Mundial. Esta atomización e individualización de la sociedad resultaría, a su vez, en el nacimiento de una sociedad de masas, dentro de la cual la característica principal del hombre “masa” no era brutalidad, sino que sería su aislamiento y la falta de normalidad en sus relaciones sociales. Tal como hemos mencionado anteriormente, este sería el contexto en el cual se dispararía el nacimiento de una serie de elementos que eventualmente conducirían al sistema totalitario. Dicho régimen solo podría sobrevivir dentro del contexto de grandes masas sociales, indiferentes o directamente hostiles hacia partidos tradicionales y hacia la estructura social que los sostenía.

En el último capítulo, Arendt analizaba la estructura del sistema totalitario, un fenómeno “históricamente nuevo” basado en la ideología y culminado en el terror. Allí estudiaba las instituciones y operaciones de los regímenes totalitarios, particularmente en el caso de dos ejemplos genuinos para la autora: la Alemania Nazi y el Estalinismo de Rusia. Arendt discutirá la transformación de clases a masas, el rol de la propaganda como ingrediente clave en el orden totalitario, y el uso del terror -esencial en el fin último de este sistema de gobierno. A diferencia de los sistemas autocráticos previos en los que solo se buscaba obtener dominio total del poder político y de erradicar la oposición, el régimen totalitario buscaba dominar cada aspecto de la vida de todos, como capítulo previo a la dominación mundial. Siguiendo esta misma línea, la naturaleza misma del régimen totalitario es destruir lo político en cada ser humano, porque sin esta destrucción no podría sobrevivir. Esta destrucción la

traduce al *aislamiento* de cada ser humano del resto de los ciudadanos, frustrándoles así la capacidad de acción y contacto político. Lo que sumará a continuación de este elemento de aislamiento, inherente al régimen totalitario, es el factor de la *soledad*, que es lo que finalmente distingue al sistema totalitario de sistemas de gobierno previos. Una persona aislada carece de capacidad de contacto o acción política, por lo que su aislamiento se limita al espacio de lo político y no interfiere en sus relaciones interpersonales, dejando así su esfera privada intacta. Una persona en soledad, en cambio, se siente abandonado por todo tipo de compañerismo humano y ha perdido el dominio de su esfera privada. Este factor de la soledad es el que -sumado a la alienación del ser humano- caracteriza a los regímenes totalitarios y funciona como terreno fértil para la realización de los mismos. Es frente a este escenario de aislamiento y soledad que cada individuo pasa a formar parte de una masa que se somete al dominio total del Estado.

En resumen, el atractivo popular de las ideologías totalitarias, junto a su capacidad de movilizar poblaciones enteras, se apoyaba en la devastación de las estructuras ordenadas y estables, previas al siglo XX. El impacto de la Gran Guerra y de la Gran Depresión y la expansión de un sentimiento revolucionario, resultaron en una tendencia generalizada, dentro de la sociedad, hacia una ideología singular, clara y desambigua, en busca de una seguridad ante cualquier amenaza. El régimen totalitario ofrecía dicha respuesta. El conjunto de elementos que acumuló la sociedad europea en las últimas décadas del siglo XIX, resultando en la destrucción del espacio público como espacio de libertad, fue un ingrediente esencial en el camino hacia el sistema totalitario.

En base a la obra de Arendt, donde el foco se concentra sobre el antisemitismo y el antiimperialismo del siglo XX, todo indicaría que la obra en cuestión se inscribe claramente en el ámbito del anti-totalitarismo de izquierda. No obstante, dado el año y la realidad geográfica de su publicación, y dentro del contexto cultural en el cual fue concebida la obra, “Orígenes del Totalitarismo” fue percibido como una suerte de Biblia de la Guerra Fría, como diría Alexander Bloom en “Hijos Prodigios, Los Intelectuales de Nueva York y su Mundo” (*Prodigal Sons, The Intellectuals of New York and their World*):

“Pero en el mundo de pos-guerra, de acelerados cambios en materia de referencias políticas, la explicación detallada de Arendt acerca de las raíces y los atributos del totalitarismo encontró una audiencia apreciativa entre anti-comunistas buscando un justificativo intelectual a sus nociones de la dualidad comunista-fascista” (Bloom, 1986: 219)

La autora resulta un enigma ya que no podremos categorizarla, como podremos con otros, dentro de los abogados del sistema capitalista liberal de Occidente, y en contra de los sistemas comunistas. Arendt claramente trascendía esta cuestión en su libro para poner más énfasis en la cuestión de lo político y su corrupción mediante una serie de elementos que surgieron de la sociedad del Estado-Nación. En todo caso, una interpretación válida acerca de la autora en cuestión sería su simpatía hacia un sistema liberal, en el sentido clásico de la palabra, ya que como hemos visto anteriormente, veía en el espacio de lo político –en lo que se refiere al accionar del hombre y a su capacidad de discusión- la máxima libertad. En este sentido, sería liberal. No obstante su visión crítica de los imperios colonialistas y regímenes expansionistas podrían ubicarla dentro del umbral de la izquierda. Con respecto a su obra puntual “Orígenes del Totalitarismo”, si hubiera que apuntarle alguna inclinación sería claramente una más de izquierda; no obstante en el año de publicación del libro, habría resultado más “fácil” y conveniente interpretarlo como una guía del mundo libre.

La teoría del Totalitarismo según Friedrich & Brzezinski

Introduciremos al debate a Carl Friedrich y Zbigniew Brzezinski, y describiremos su abordaje del concepto totalitario desde las ideas que aparecen en “Dictadura Totalitaria y Autocracia”. La misma fue publicada en su primera versión en el año 1956 y fue relanzada en el '65 con un prefacio realizado por Friedrich. Dicha obra ha sido una de las obras más influyentes –sino la más- en la materia, en lo que comprende a la cultura académica anglosajona en los años de Guerra Fría. En el prefacio los mismos autores aclaran: “nos proponemos presentar una teoría general de cierta forma nueva de gobierno. No es su objetivo explicar por qué se produjo esta dictadura, ya que lo autores estamos convencidos de que no es posible tal explicación de momento”. Aún así, será relevante detallar lo que ellos han formulado acerca de la teoría

totalitaria, dado que la misma ha sido una guía teórica importante acerca del concepto, especialmente en el ámbito académico.

Carl Friedrich nació en 1901 y creció los primeros años de su vida en Alemania. Sus estudios universitarios fueron repartidos entre Alemania y EEUU. Esto se debió mayoritariamente a que su familia siempre había tenido fuertes lazos con dicho país y con el estallido de la Primera Guerra Mundial, eran frecuentes sus idas y vueltas al continente americano. Su doctorado lo recibió en la Universidad de Heidelberg. Finalmente, con el ascenso de Hitler, retornó a los EEUU y se naturalizó como ciudadano norteamericano. Un tiempo después, fue nombrado profesor en la Universidad de Harvard y fue a partir de este contexto que logró trascender en el ambiente académico. Sus áreas de estudio abarcaban el dilema del liderazgo, la burocracia gubernamental, la administración pública y la política comparada de instituciones. Friedrich hizo mucho énfasis a lo largo de su carrera sobre la diferencia entre la democracia directa y la democracia representativa, siendo él abogado de la primera. Particularmente desalentaba el método del referéndum ya que según él esto abría paso a un sistema totalitario. Friedrich será un defensor ferviente del Estado de Derecho, acompañado por una infraestructura sólida de instituciones civiles. El autor provenía de la Escuela del Constitucionalismo Alemán y en línea con esta escuela, habría colaborado, previo al ascenso del Nazismo, con Carl Schmitt. Sus visiones políticas estaban muy alineadas al “Estado Constitucional” de este autor, por lo que algunos autores dirían que Friedrich tenía pensamientos anti-democráticos.

Zbigniew Brzezinski fue parte de una generación posterior a Friedrich. Nació en Polonia en 1928 y su padre fue trasladado en 1931 -hasta 1935- a Alemania, presenciando a temprana edad las atrocidades de la Alemania Nazi. Luego se mudan a Canadá donde el autor se gradúa en la Universidad de McGill. Más adelante concurre a la Universidad de Harvard y realizó sus estudios doctorales especializándose en la Revolución de Octubre, Lenin y las acciones de Stalin. Allí fue que se dieron a conocer ambos autores, mediante la incorporación de Brzezinski a un seminario que dictaba Friedrich acerca de la disciplina del totalitarismo. El libro al cual nos referimos es fruto de aquel encuentro.

Como ya hemos mencionado, nos enfocaremos en la definición del totalitarismo -que brindan los autores en el libro- y no en los orígenes o las causas del fenómeno en sí. Esta definición podría traducirse más bien en una serie de elementos característicos del fenómeno totalitario. Más aun, los autores detallarán seis características particulares que todo sistema totalitario posee. A continuación podemos percibir un breve resumen de cada uno:

1. *La ideología*: Se refiere a una ideología elaborada, que consiste de una doctrina oficial que abarca todos los aspectos vitales del hombre. Una ideología a la cual todos los integrantes de la sociedad deben adherirse, al menos de manera pasiva. Esta ideología está característicamente enfocada y proyectada hacia un perfecto estadio final del hombre. Se basa en el rechazo radical de la sociedad existente, y en la búsqueda por conquistar el mundo para dar lugar a la nueva sociedad.
2. *El dictador y el partido único*: Un único partido de masas liderado -típicamente- por un solo hombre, el “dictador”. Consiste a su vez de un porcentaje relativamente pequeño de la población total -generalmente un 10%- y se encuentra apasionada e indudablemente dedicado a la ideología y está preparado para asistir en la aceptación general de la misma de cualquier manera posible. El partido está organizado jerárquica y oligárquicamente y generalmente se encuentra completamente ligado -o superior- a la burocracia gubernamental.
3. *El terror y la propaganda*: Un sistema de terror, sea físico o psíquico, efectuado a través del control del partido y de la policía secreta. El sistema se asegura, a su vez, de mantener a sus líderes en control mediante el soporte y la supervisión que efectúa sobre el partido mismo. Esto se complementa con el monopolio casi completo de los medios de difusión, que al estar centralizados y controlados por el gobierno, permite extender el terror a través de la repetición continua de las consignas propagandísticas oficiales. El sistema de terror apunta no solo a los enemigos empíricos del régimen, sino que a clases selectas de la población discriminadas arbitrariamente. Sea proveniente de la policía secreta o sea de la presión social -dirigida por el partido, a través de la propaganda- tiene por detrás una metodología psicológica muy elaborada.
4. *La economía dirigida*: El control y dirección central de la economía entera, mediante la coordinación burocrática de lo que solían ser entidades corporativas independientes. La economía se convierte así en una empresa gigantesca, y los que toman las

decisiones básicas en función de las cuales se organiza la economía centralizada son los líderes supremos –el “dictador”.

5. *Monopolio de las armas:* Control monopólico del uso efectivo de armas y del combate armado. El objetivo final del sistema totalitario es convertir a las fuerzas armadas en una rama, y nada más, del partido. El ejército se transforma en una milicia totalitaria que apoya la política exterior del régimen, en la misma manera que su policía secreta respalda su política nacional.
6. *Islotes de separación:* Detrás de los esfuerzos destructores del totalitarismo, quedan siempre algunos grupos que ofrecen resistencia al régimen. El sistema totalitario se asegura de brindar islas de separación, de manera que el partido divide y gobierna de la manera más radical y extrema posible; es decir que cada ser humano, dentro del mar totalitario, debe enfrentarse al monolito del gobierno totalitario como átomo aislado. Atomizado de esta manera, el pueblo con sus muchas subdivisiones naturales se convierte en masa y el ciudadano se ha convertido en hombre masa –antítesis del hombre común de la sociedad libre trabajadora. (Brzezinski & Friedrich, 1965: 43)

El totalitarismo –como bien lo declaran en el título de la obra- para ellos es una autocracia pero que a diferencia de las autocracias más antiguas, es una adaptación a la nueva sociedad industrial del siglo XX. De tal manera, para ellos el totalitarismo es un fenómeno nuevo, que nunca existió en el pasado. En cuanto a sus orígenes, ya hemos aclarado que los autores no hacen referencia a esta cuestión ya que no creen que se pueda descifrar. La única mención que realizan al respecto es que el sistema totalitario surge como reacción a una serie de crisis graves. Los autores luego describen una de las condiciones fundamentales para la realización del sistema totalitario y es la condición de la tecnología moderna. Dicho aspecto es particularmente notable en el campo de las armas y de las comunicaciones. Finalmente, los autores expresan su visión acerca de los casos reales de totalitarismo que han presenciado el escenario europeo dentro del contexto de sus vidas, y remarcan que para ellos los regímenes totalitarios, sean fascistas o comunistas, fundamentalmente son iguales en cuanto a organización y procedimientos, es decir, en su estructura, instituciones y procesos de gobierno. Esto, no obstante, no significa que son totalmente idénticos.

A pesar de que la obra en cuestión fue escrita por dos estudiosos de origen europeo, la misma se adaptaba perfectamente a los enfoques dominantes en las ciencias sociales norteamericanas de la época. Ellos tenían la visión de que el fin de la URSS –como también del nazismo- solo se podría dar a través de una intervención externa, ya que descartaban -por el contrario- su fin mediante una implosión o crisis interna del sistema totalitario. Este análisis, por ende, tenía la ventaja de legitimar la política exterior norteamericana en la época de la Guerra Fría. Por otro lado, el único modo eficaz de combatir el totalitarismo soviético era mediante el sostén de sus enemigos externos, lo que implicaba la aprobación de las armas atómicas norteamericanas como así también el enrolamiento de las dictaduras militares de los países semi-coloniales en la lucha por la defensa del “mundo libre” (Traverso, 2001)

Una crítica al sistema capitalista moderno por Herbert Marcuse

Volveremos a mencionar un autor que ya ha protagonizado el escenario de la Segunda Guerra Mundial y que, sin embargo, reaparece en el debate sobre el totalitarismo en el contexto de la Guerra Fría. Herbert Marcuse, padre de la “New Left” americana, llegó al continente durante la Segunda Guerra Mundial, y se hizo conocido en aquel entonces por sus trabajos referidos al Estado Hegeliano. El autor habría dicho que los sistemas totalitarios eran totalmente incompatibles con el Estado de Hegel ya que éste se defendía por la ley y el derecho, separado de las esferas de la familia y sociedad civil, mientras que el Estado Totalitario solo podría sobrevivir dentro del esquema de un ‘Volk’ masificado bajo el mando de un único líder, como ley absoluta.

En *El Hombre Unidimensional*, publicado en 1964, Marcuse, postulaba su visión crítica acerca del sistema capitalista moderno y cómo el mismo fue causa del advenimiento totalitario. Sus críticas, primordialmente marxistas, sostenían que la economía capitalista limita el potencial de las personas. Mientras que las personas existan dentro de estos sistemas, ellas no serán libres, porque de serlos, no tendrían que depender de estos sistemas. En esta misma línea, establece que únicamente desprendiéndose de estos sistemas, pueden los individuos realmente saber aquello que quieren o necesitan. De acá surge un concepto

importante dentro de la postura Marcuseana y es el de las “falsas necesidades” que crean estos sistemas. Estas “falsas necesidades” abarcan todo el rango de decisiones que toma uno y que son provistas por el sistema dentro sus límites. Estas falsas necesidades son las que, según Marcuse, integran al proletariado al sistema, psicológica y materialmente, limitando así su potencial. Aquí es donde se revela la postura marxista del autor en cuestión ya que abarca su crítica desde la falta de acción por parte del proletariado como componente revolucionario de la sociedad.

Siguiendo la línea ideológica marxista, la revolución tiene lugar debido a la marginalización del proletariado del sistema capitalista y por las condiciones materiales con las cuales convive. El proletariado se concibe bajo una serie de circunstancias históricas, cuyas características y condiciones materiales le brindan tanto la necesidad como las habilidades necesarias para su subversión contra el sistema de producción capitalista. Aún más, el proletariado cuenta con tres características importantes que lo convierten en el único agente de la sociedad capitalista con posibilidades de revolución: en primer lugar, debido al desarrollo de la producción en masa, su racionalización y automatización, el proletario ha logrado obtener directo control operativo sobre los medios de producción, en el día a día; en segundo lugar, al componer la clase obrera la mayoría dentro de la sociedad industrial, presenta una ventaja cualitativa enorme frente a todas las revoluciones previas. Previamente, las revoluciones eran de naturaleza minoritaria y de intereses muy específicos, mientras que la revolución proletaria marxista prometería ser la primera con magnitudes de masas; por último, la propia existencia de la clase obrera como “negación” de la civilización humana, como prueba real de la disparidad entre la libertad retórica burguesa y la condición real de las masas, lo deja en una posición particularmente única. Estas tres características explican, por ende, cómo el mismo sistema capitalista engendra su propio fin, ya que provee a la clase obrera con los incentivos y las habilidades necesarias para generar la revolución socialista de las clases obreras.

Lo que Marcuse establece en referencia a este concepto revolucionario marxista, es que el proletariado, dentro del contexto de un capitalismo monopolístico avanzado, pierde su esencia revolucionaria, debido al componente tecnológico que se incorpora al sistema. Esto culmina en la dependencia psicológica y material sobre la sociedad, quitándole así su elemento

revolucionario. Lo que Marcuse introduce al debate para hacer referencia a este fenómeno es el concepto de ‘capitalismo monopólico’ y el de ‘racionalidad tecnológica’.

Lo que Marcuse intenta explicar mediante el uso de estos dos conceptos es que uno surge a la par y a causa del otro; el afán de la sociedad industrial avanzada por lograr un aparato productivo cada vez más eficiente, coordinado y estandarizado, se manifiesta dentro del capitalismo monopólico mediante el triunfo de las corporaciones más grandes y eficientes por encima de las más pequeñas. A su vez, el elemento de la racionalidad tecnológica -el cual implica, en otras palabras, la transformación del racional de la sociedad debido a la incorporación de avances tecnológicos dentro de la sociedad- se traducía a que los trabajadores atiendan a las necesidades del aparato productivo mediante un trabajo similarmente racional, estandarizado y eficiente. Esto decantaba en una mayor necesidad de cooperación por parte del trabajador para con el aparato productivo, y en enfatizarle al trabajador la necesidad de cumplir con los objetivos cada vez más exigentes del aparato. En definitiva, provocaba la asimilación del trabajador al crecimiento de poder del aparato productivo dentro de la sociedad. En otras palabras, la sociedad industrial avanzada lograba así incorporar al trabajador dentro de la estructura de poder y control.

Aquí entra en cuestión otro concepto que mencionamos anteriormente –incorporado al debate por Marcuse- y es el de las ‘falsas necesidades’. Esta lógica de producción masiva -resultante de esta nueva sociedad capitalista monopólica- resulta en cantidades proporcionalmente significantes de exceso de producto, derivadas al consumo de la masa proletaria. Este fuerte incremento en el acceso a productos “commodities”, da lugar a este concepto de falsas necesidades ya que es mediante el consumo masivo de estos productos que comienzan a determinarse nuevas necesidades de la sociedad.

“La mayoría de las necesidades prevaecientes como las de relajarse, entretenerse, comportarse y consumir en acorde a las publicidades, amar y odiar lo que otros aman y odian, pertenecen a esta categoría de falsas necesidades.” (Marcuse, 1991: 7)

La creciente disponibilidad de “comodidades” sumada a la manipulación de los medios masivos quienes orientan las “necesidades” de la sociedad, logra así crearle a la clase trabajadora la necesidad de consumir como también la satisfacción en dicho consumo. Esto es lo que Marcuse plantea dentro de su teoría de las ‘falsas necesidades’, las cuales integran al proletariado a la sociedad capitalista de manera psicológica. En las palabras de Marcuse:

“Si empleado y empleador disfrutan del mismo programa de televisión y visitan los mismos lugares resort, si el negro es dueño de un Cadillac y si todos leen el mismo periódico, entonces esta asimilación indica no la desaparición de las clases, sino más bien el grado en el cual las necesidades y satisfacciones que sirven para preservar el Establecimiento son compartidas por toda su población” (Marcuse, 1991: 10).

Lo que Marcuse plantea acá es que la clase trabajadora es igualada a las clases altas en referencia a las necesidades o deseos a los cuales apuntan; en dicha sociedad estos logran ser compartidos, trascendiendo la escala social. Esto no significa, sin embargo, que exista una real igualdad de clases, ya que lo que único que se logra en realidad es que a la clase proletaria se le inhiban sus necesidades reales de subversión, en reemplazo de satisfacer ciertas necesidades falsas, que los mantienen “entumecidamente cómodos”.

En base a esto, Marcuse intenta explicarle al lector cómo la clase “prometida” proletaria, como agente de revolución social, pierde, mediante la psicológica y material y, en definitiva, moral y económicamente insustancial inserción a la sociedad, su capacidad de revolucionarse. Y es bajo estos mismos conceptos que Marcuse define a este sistema capitalista como uno con tendencia totalitaria, ya que es uno que mediante sus técnicas irracionales —o de racionalidad tecnológica- de control social, trabaja para abarcar y asimilar de manera total a todas las clases dentro de la estructura de ese sistema. Es totalitario en la medida en que la organización económica y técnica del aparato productivo trabaja, mediante la manipulación de “falsas necesidades”, para dirigir los intereses de la sociedad según rige el Estado. Es mediante la creación de un sistema con un aparato productivo tan poderoso, que se requerirá, a tal fin, una fuerza estatal poderosa que movilice todos los medios de poder.

“En virtud de cómo ha organizado su base tecnológica, la sociedad industrial contemporánea tiende a ser totalitaria. Porque “totalitario” no solo es una coordinación política terrorista de la sociedad, sino que también es una coordinación económico-técnica no terrorista, que opera a través de la manipulación de las necesidades según intereses determinados. Esto por ende imposibilita la emergencia de una efectiva oposición contra el todo” (Marcuse, 1991: 5).

Así es como Herbert Marcuse, judío exiliado del régimen nazi, empático de la escuela marxista de Frankfurt, plantea el origen del concepto totalitario dentro de la estructura del sistema liberal contemporáneo, léase en el estadio avanzado del capitalismo.

La libertad según Hayek

Von Hayek es un segundo caso paradigmático dentro del trabajo en cuestión ya que este autor también ocupará lugar en dos capítulos diferentes debido a que no pertenece a una sola etapa definida. En un primer lugar lo hemos ubicado dentro del contexto de la Segunda Guerra, acompañado de los exiliados de guerra, y a luz de la publicación de su libro “Camino a la Servidumbre” (*Road to Serfdom*), que tuvo en aquel escenario mucha repercusión. Esta misma obra será la que en años posteriores, en el contexto de la Guerra Fría y en un escenario ultra liberal para los EEUU, tendrá muchas influencias y servirá de apoyo a las políticas ultra liberales tanto de Reagan en EEUU como de Thatcher en Inglaterra. Se adicionará al estudio una obra más del autor denominada “La Constitución de la Libertad” (*The Constitution of Liberty*), publicada en 1960 en plena Guerra Fría, y veremos que sigue la misma línea de pensamientos expresada en “Camino a la Servidumbre”.

“La Constitución de la Libertad”, tal como lo expresa su nombre, es una obra que se dedica a analizar los fundamentos que constituyen la libertad, la cual el autor considera condición necesaria para la construcción y el crecimiento de una civilización. Este análisis abraza un estudio en los campos de filosofía, política, derecho y economía. Este libro, a diferencia de “Camino a la Servidumbre”, no es un libro tan político como lo es científico. El mismo autor dirá que el objetivo del libro es describir un ideal, demostrar cómo puede alcanzarse y

explicar lo que su realización significaría en la práctica; para ello, la discusión científica es un medio y no un fin. A tal fin, Hayek brindará, mediante las diversas herramientas que utiliza para describir el alcance de este ideal -el de la libertad- un abarque totalizador del concepto.

El libro se divide en tres partes. En la primera parte, denominada “El Valor de la Libertad” (*The Value of Freedom*) estudia el por qué de la libertad, el valor de la misma en una sociedad, y lo que esta finalmente brinda en la sociedad. Se estudia una definición de la misma ya que es un término que efectivamente tuvo usos muy diversos a lo largo de la historia y por ende cree pertinente presentarle al lector un concepto definido para poder estudiarlo en profundidad a lo largo de lo que queda del libro. Se va a desarrollar principalmente como una discusión teórica y filosófica que trae a luz los factores que determinan el progreso de una civilización.

La segunda parte denominada “La Libertad y la Ley” (*Freedom and the Law*), realiza un estudio de todas aquellas instituciones que se han desarrollado en Occidente para asegurar la libertad individual, a fin de abordar la solución a aquellos problemas que hoy todavía existen en la sociedad porque el alcance de la libertad es solo parcial. En esta sección nos introducirá al concepto de “Rule of Law” o Estado del Derecho como elemento que garantiza la libertad y protege a los individuos de la coerción arbitraria. A tal fin, el autor detalla una serie de características fundamentales del derecho verdadero, resaltando aquella que define que las leyes no deben ser arbitrarias para garantizar la libertad, ya que de manera contraria, resultaría en el despotismo. La tercera y última parte denominada “Libertad en el Estado de Bienestar” (*Freedom in the Welfare State*) realiza una aplicación práctica a algunas situaciones económicas y sociales críticas de hoy, fijándose, sobre todo, en aquellas materias en las que una falsa elección entre las distintas soluciones posibles daña más a la libertad: sindicatos, previsión social, política tributaria, vivienda, instrucción, investigación, entre otras. El mensaje de Hayek a lo largo de toda su obra es que la causa de la libertad no prevalecerá si no despierta motivaciones emocionales.

En resumen, se trata de un trabajo que muestra, mediante herramientas científicas, el camino a recorrer para lograr establecer las condiciones/instituciones que garantizan la libertad, para a su vez asegurar la formación de la civilización y su respectivo crecimiento económico.

Esta obra junto a “Camino a la Servidumbre”, ha sido fuente de inspiración y base de apoyo para los gobiernos conservadores que, como hemos mencionado anteriormente, predominaron el escenario norteamericano e inglés en la década del '80. Margaret Thatcher en un discurso político ha llegado a elevar la obra “La Constitución de la Libertad” frente a su público y ha dicho al respecto “esto es en lo que creemos” (Adonis & Hames, 1994: 145). Tanto Thatcher como Reagan eran oradores públicos de las ideas transmitidas por Hayek y sus políticas económicas claramente reflejaban esta afinidad.

4. Conclusión

Hemos embarcado en este trabajo con el fin de realizar un estudio del concepto del totalitarismo, pero no desde un punto de vista integral, sino recorriendo sus diferentes versiones en boca de una serie de grandes autores. No nos hemos propuesto en la misma encontrar una única definición que abarque los diferentes sistemas que han sido clasificados históricamente bajo este concepto paraguas, sino que por el contrario, nos hemos distendido y hemos analizado las interminables interpretaciones que este concepto ha padecido. No nos hemos dedicado tampoco a estudiar los regímenes que popularmente han sido reconocidos como totalitarios, sino que los hemos utilizado como un mero soporte al concepto en cuestión.

Para brindarle una conclusión a dicho trabajo, en el cual hemos descubierto una enormidad de voces disonantes sobre una misma temática en cuestión, procederemos, a modo de cierre, a extrapolar el concepto de la boca de sus autores y llevarlos a un mismo terreno para dar a luz las incongruencias e incoherencias que han atormentado las sociedades de este gran siglo, y que aquí reducimos en unas pocas líneas reveladoras. Hemos aquí otra premisa fundamental para comprender el estudio realizado.

En resumen, hemos atestiguado el nacimiento del concepto como un fenómeno que fue creado y popularizado con orgullo, desde el seno del régimen fascista de Mussolini -anti-liberal y anti-socialista-, y hemos puesto un fin al debate en el seno de la academia norteamericana – ultra liberal, anti-comunista y por sobretodo “anti-totalitaria”. Es decir que comenzó en el seno de un movimiento que le reconoció su llegada y culminó en boca de uno de los mayores enemigos del fenómeno. Las diversas versiones recorridas entre medio de estas dos extremidades, son ampliamente diversas. Schmitt, con sus influencias Hobbesianas, encontraba el origen del fenómeno en la democracia parlamentaria o en lo que denominaba “democracia de masas” de la modernidad; Marcuse, defensor del Estado Ideal de Hegel, también encontraría los orígenes en la democracia moderna. Trotsky, desde su mirada marxista, aportó una versión apocalíptica en la cual el totalitarismo surge como consecuencia del capitalismo, y como el eclipse de la civilización; en completa oposición, Von Hayek, ultra liberal, designa el advenimiento del totalitarismo a la planificación socialista; Popper también tomará una postura liberal al igual que su par Hayek, pero a diferencia de este, adjudica el advenimiento del fenómeno como la reacción negativa de una sociedad en shock frente al avance de una sociedad abierta, o lo que él considera la sociedad liberal. Arendt se apoyará en

las teorías de Aristóteles, Kant y Heidegger, y atribuirá al origen del totalitarismo la cristalización del antisemitismo, imperialismo, colonialismo y racismo, que ya venían atosigando a la Europa del siglo XX. Tanto Friedrich como Brzezinski dirán que el totalitarismo es un fenómeno nuevo, que puede categorizarse como una autocracia pero con las condiciones de una sociedad moderna e industrial, por ende única en la historia de la humanidad.

El recorrido a través de los diversos autores abarca la conceptualización del fenómeno totalitario desde una enorme variedad de puntos de vistas, los cuales en varios casos cristalizan algún tipo de punto de contacto entre sí. En algunos casos dichos encuentros conviven, lógicamente, dentro de una misma corriente intelectual –como puede ser el caso de Trotsky y Marcuse, ambos intelectuales marxistas que, salvando algunas diferencias, ven el origen del totalitarismo en el seno del capitalismo y la democracia moderna - en varios otros, nos encontramos ante la superposición de ideas entre dos polos opuestos del espectro político e intelectual. Esto decanta de la ambigüedad del concepto en cuestión y de sus múltiples interpretaciones, que lejos se encuentran de ser teorías lineales en relación con el autor intelectual y los supuestos orígenes que el mismo le adjudica a la temática en cuestión. Un claro ejemplo es el enfrentamiento entre Marcuse y Schmitt, quienes comparten su opinión acerca de la culpabilidad de la democracia moderna en el advenimiento del fenómeno totalitario. No obstante, si indagamos más profundo en las raíces intelectuales de cada autor y las teorías que esculpen la opinión de cada uno, nos encontramos con dos miradas enfrentadas entre sí, tanto en la cuestión del Estado ideal de Hegel, como en sus posturas políticas, siendo el primero un judío marxista, proveniente de la Escuela de Frankfurt, y el último un intelectual Hobbesiano quien tuvo participación directa en el gobierno del Tercer Reich. Schmitt y Marcuse, con sus ideologías y posturas políticas opuestas, y sus opiniones enfrentadas sobre Hegel, lograron encontrarse en un mismo terreno para dar explicación al origen del concepto de totalitarismo. Si, por el contrario, partimos desde la formación y postura intelectual de dos autores como Hayek y Popper, ambos ultra liberales, con posiciones metodológicas similares, distamos de conciliar una misma relación causal para con el fenómeno totalitario, sosteniendo el primero de ellos que el origen del fenómeno viene dado por la planificación socialista mientras que el último encuentra sus raíces en la reacción de una sociedad “tribal” o “cerrada” frente a los avances de la sociedad moderna abierta o liberal. Ante ambos pares de autores, se percibe la falta de linealidad en los discursos

intelectuales y la ambigüedad reinante en el intento de cada uno por descifrar los orígenes y la definición del concepto de Totalitarismo. Desde un punto de vista metodológico, por ende, no podemos construir una definición o una explicación para el concepto del totalitarismo según cada corriente intelectual, porque hemos logrado comprobar la arbitrariedad y ambigüedad que domina en el debate intelectual del mismo. Hemos aquí otra premisa fundamental para darle un cierre al trabajo de graduación.

Por otro lado, vale destacar lo que hemos llegado a percibir como único patrón considerable dentro del terreno en cuestión, y es el de las influencia socio-política contextual, la cual hemos percibido como *liaison* entre los diferentes autores dentro de un mismo capítulo de la historia. Hemos aquí la razón de ser del esqueleto de trabajo, cuya estructura –a base de una división periódica a lo largo del siglo XX- se vio utilizada para reflejar la única aparente influencia que ha marcado las interpretaciones de los diversos autores, y por otro lado, para brindar cierto orden a las diversas teorías. Es decir que a pesar de no poder estudiar una clara definición del concepto según la proveniencia del autor intelectual o la corriente política que lo envuelve, sí podemos percibir una influencia de la apreciación general del concepto en un periodo determinado, según las ocurrencias socio-políticas que protagonizan el escenario del periodo en cuestión. En una primera etapa hemos estudiado los primeros asomos del concepto en el terreno del fascismo italiano y a la luz de su consolidación conceptual; en un segundo plano hemos atravesado la cuna de la cultura del exilio - anti-fascista, anti-comunista y crítica en general de lo que sucedía en aquellos años de la Segunda Guerra Mundial; por último, hemos embarcado nuestro camino por el terreno contextual de la Guerra Fría, con la preponderancia de las voces liberales, anti-comunistas. Bajo este esquema conceptual, no logramos unificar una única interpretación por periodo mencionado, pero sí logramos destacar un motivo general reinante que afecta cada período e inevitablemente decanta en la interpretación del concepto estudiado.

Lo que hasta aquí vale remarcar acerca del totalitarismo, es que la evolución de su conceptualización ha probado ser, claramente, una búsqueda para colmar una laguna dentro del vocabulario político clásico. Bajo el contexto de un siglo como lo fue el siglo XX, en el que reinaron las guerras entre países, la inestabilidad política y económica, y frente a la aparición de la sociedad de masas, podemos interpretar que las sociedades se hallaban

desorientadas y vulnerables a regímenes que aclamaban encontrarle el rumbo a un mundo aparentemente atormentado. Las diversas interpretaciones que estudiamos acerca de este concepto, representan los diversos “intentos” por abordar esta temática en cuestión. Todos resultan ser abordajes diversos entre sí, sea desde el origen de las conceptualizaciones hasta la misma definición del término. Aún así, cabe destacar que entre tantas voces diversas y entre la variedad de teorías estudiadas, hemos atestiguado la permanencia del concepto a lo largo de las décadas y la supervivencia del mismo aún en la ausencia de un término claro y consolidado que pudiera respaldarlo. Resulta curioso que un concepto tan emblemático como demuestra serlo el totalitarismo haya logrado trascender a lo largo de la historia, como un concepto paraguas que pudiera embolsar la gran parte de los regímenes tiránicos presentes en el siglo XX.

Hasta aquí hemos logrado extraer una conclusión puntual de los hechos que ha abordado este trabajo y hemos logrado interpretar el camino recorrido por la academia del siglo XX. No obstante, desde un análisis más holístico del estudio abordado, resulta interesante embeber la conclusión dentro de un espectro más macro que nos permite enriquecer el análisis final del trabajo. La historia de los siglos precedentes ha marcado el camino de las estructuras de la sociedad y nos ayudan a entender cómo hemos desembarcado en la disonancia de las voces que hemos estudiado en este trabajo en particular.

El siglo XX, podría decirse, es el producto de una serie de transformaciones que suceden a lo largo de los siglos que lo preceden. Desde la Revolución Francesa y los cambios que la misma plantea en el escenario político e ideológico de la época, junto a la Revolución Industrial y los cambios que aquello implicó para las estructuras económicas y comerciales del momento, surge una época de “exacerbación” del hombre en su máxima expresión. Frente a la ocurrencia de ambos sucesos históricos, el hombre se encuentra con la libertad ideológica y las condiciones y los recursos económicos necesarios para alimentar su afán de poder; materializándose en una primera instancia en la creación del Estado-Nación hasta finalmente trascender los límites de otros países, en su afán por seguir acumulando las riquezas que este incipiente capitalismo le ha dado a conocer. Esta transformación político-económica pero por sobre todo ideológica del hombre, finalmente desemboca en la gran crisis de principios del siglo XX –cristalizado en la Primera Guerra Mundial- lo cual lleva a replantear mucho de lo

que ha venido construyendo el hombre a lo largo del siglo anterior. Es el resultado casi inevitable de un siglo de crecimiento acelerado, que finalmente lleva a transitar casi otro siglo entero de cuestionamientos y dudas acerca del rol del Estado y de todos los pasos que ha dado el hombre dentro de la inercia del siglo XIX. Este siglo de “reflexión” y de cuestionamiento pone en evidencia los efectos de un hombre abatido por su propia historia y ante la debilitada moral e ideología de la sociedad en general, desata una lucha de poder entre los más “fuertes” sobre el liderazgo de una sociedad abatida y desmoralizada. Es, en definitiva, una lucha de poder entre las minorías más fortalecidas que enmascaran sus intereses políticos y económicos detrás de sistemas de gobierno que se nutren de la desorientación general de una sociedad que, como consecuencia de las transformaciones sufridas a largo del siglo anterior, se ha masificado en su forma de actuar y de pensar. A base de esta nueva sociedad de masas y de la conducta sumisa generalizada de la sociedad del siglo XX es que toman protagonismo una serie de regímenes llamados “totalitarios”, que intentan retomar el mando de una sociedad sin rumbo.

Desde este punto de vista macro de la sociedad del siglo XX y de las condiciones que dieron lugar a la ocurrencia de dicha sociedad en dicho momento, es que podemos comprender la conclusión final de este trabajo.

La trayectoria de este trabajo ha permitido conocer de cerca lo que transcurría en la ideología general del siglo XX. Este recorrido nos ha permitido materializar los efectos de este siglo lleno de incógnitas y lo hemos puesto en evidencia a través de las incongruencias teóricas ya estudiadas entre los autores del trabajo en cuestión. El estudio de este concepto y de este siglo, desde las miradas intelectuales de la época, nos ha permitido abarcar un análisis muy rico ya que pone en manifiesto la incompreensión de la sociedad desde la teoría y la academia misma. Esto naturalmente decanta de la ambigüedad del objeto de estudio de dichos autores: el Totalitarismo. A través de los autores, por ende, logramos abordar los diferentes usos del concepto en cuestión, y logramos conocer una enormidad de corrientes ideológicas que protagonizan el escenario en cuestión, con su propia interpretación correspondiente. En su afán por comprender un siglo atormentado por un conjunto de regímenes totalitarios, se han puesto en manifiesto una diversidad de voces disonantes y nos ha conducido al indirecto estudio de las posturas ideológicas reinantes del siglo XX.

5. Bibliografía

- Adonis, A., & Hames, T. (1994). *A Conservative Revolution? The Thatcher-Reagan Decade in Perspective*. Manchester: Manchester University Press.
- Arendt, H. (1978). *The Life of the Mind*. USA: Harcourt Inc.
- Bernstein, R. J. (1996). *Hannah Arendt and the Jewish Question*. Cambridge: MIT Press.
- Bloom, A. (1986). *Prodigal Sons, The New York Intellectuals and their World*. Oxford: Oxford University Press.
- Dan, S., & King, R. (2007). *Hannah Arendt and the Uses of History: Imperialism, Nation, Race and Genocide*. Oxford: Berghahn Books.
- Friedrich, C., & Brzenzinski, Z. K. (1965). *Dictadura Totalitaria y Autocracia*. Buenos Aires: L bera.
- Fritzche, P. (2006). *De Alemanes a Nazis*. Buenos Aires: Siglo XXI de España Editores.
- Gopal, B. (2000). *The Enemy: An Intellectual Portrait of Carl Schmitt*. London: Verso.
- Hayek, F. A. (1944). *Road to Serfdom*. Chicago: University of Chicago Press.
- Hobsbawm, E. (2007). *Historia del Siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.
- Hobsbawm, E. (2005). *La era de la Revolución 1789-1848*. Buenos Aires: Crítica.
- Hobsbawm, E. (1989). *La Era del Imperio*. Barcelona: Labor Universitaria.
- Kohn, H. (1955). *Nationalism: It's Meaning and History*. Princeton: D. Van Nostrand.
- Marcuse, H. (1991). *One Dimensional Man*. Boston: Beacon Press.
- Marcuse, H. (1955). *Reason and Revolution: Hegel and the Rise of Social Theory*. New York: The Humanities Press .
- Popper, K. (1972). *The Open Society and its Enemies*. Princeton: Princeton University Press.
- Robottom, J. (1972). *Modern Russia*. Hong Kong: Longman.
- Schmitt, C. (2004). *El Leviathan en la Teoría del Estado de Thomas Hobbes*. Granada: Comares.
- Schmitt, C. (1998). *La Defensa de la Constitución: Estudio Acerca de las Diversas Especies y Posibilidades de Salvaguardia de la Constitución*. Madrid: Tecnos.
- Traverso, E. (2001). *El Totalitarismo: Historia de un Debate*. Buenos Aires: Eudeba.

- Trotsky, L. (1939, September 25). *Marxists Internet Archive Library*. Relevado 20 de octubre de 2008, de Leon Trotsky: In Defence of Marxism:
<http://www.marxists.org/archive/trotsky/1939/09/ussr-war.htm>
- Trotsky, L. (1972). *Revolution Betrayed*. New York: Pathfinder.
- Varela, A. R. (1989). *Historia de las Ideas Políticas*. Buenos Aires, Argentina: A-Z Editora.